

**CB
114**

Odile Flichy

La obra de Lucas

El evangelio y los Hechos de los Apóstoles



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
2003

La mayor parte de los lectores de la Biblia saben perfectamente que el autor de los *Hechos de los Apóstoles* es el mismo que el del *tercer evangelio*, y que la tradición antigua, desde el siglo II, identifica a este autor con Lucas, un discípulo de Pablo. Pero demasiado a menudo esta información apenas se utiliza, cuando proporciona una excepcional clave de lectura para acceder a cada uno de estos dos libros. En efecto, el evangelio según Lucas ilumina los Hechos de los Apóstoles, que le siguen, pero, en el otro sentido, esta «primera historia del cristianismo» ilumina poderosamente el evangelio. Desde esta perspectiva, conviene hacer una verdadera relectura de la obra de Lucas, considerando que sus dos partes forman un conjunto indisociable que cuenta cómo la Buena Noticia surgió y se extendió hace dos mil años a partir de Jerusalén. Estas perspectivas vienen a ampliar y renovar las lecturas habituales de numerosas perícopas al favorecer el vaivén entre lo que vivió Jesús en Palestina y lo que realiza en la Iglesia, mediante su Espíritu Santo, desde hace veinte siglos.

La relectura propuesta aquí por O. FLICHY –que enseña evangelios sinópticos en el Centro Sèvres de París– utiliza también, con sencillez, los recursos del análisis narrativo: éste conviene particularmente al estudio de estos dos largos relatos, admirablemente redactados, que en realidad no forman más que uno solo.

En el artículo que sigue, J. STRICHER (Metz, *Évangile et Vie*) estudia un caso particular –demasiado poco conocido– de paralelismo en la obra de Lucas: el de los hombres y las mujeres. Sin duda ofrecerá a los lectores (y lectoras) de la Biblia materia para la reflexión sobre sus comportamientos y, eventualmente, sus prácticas pastorales. Por último, G. Mordillat y J. Prieur, autores de *Jesús contra Jesús*, responden a la recensión de su obra hecha por J. Schlosser en el *Cuaderno* n. 112**.

Philippe GRUSON

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ SE HABLA HOY DE «LUCAS-HECHOS»?

La expresión «Lucas-Hechos» se emplea hoy corrientemente para designar el conjunto de la obra de san Lucas: el tercer evangelio, o *Evangelio según san Lucas*, y el libro de los *Hechos de los Apóstoles*¹. La formulación abreviada «Lucas-Hechos» permite referirse a ellos de forma sencilla y eficaz, al designarlos no sólo como las dos obras de un mismo autor, sino también como una sola obra en dos volúmenes. Semjante afirmación es actualmente objeto de un amplio consenso entre los exegetas; marca una nueva etapa en el debate siempre abierto en torno a la pregunta por el autor y la composición del evangelio según san Lucas y los Hechos de los Apóstoles. Por tanto, es necesario resituar esta expresión «Lucas-Hechos» en el contexto que le dio nacimiento, a fin de calibrar mejor su alcance y comprender las razones de su adopción.

EL CONTEXTO HISTÓRICO

Para la tradición de los Padres de la Iglesia

La tradición patristica reconoció muy pronto en Lucas al autor del tercer evangelio y los Hechos: des-

1. Para simplificar, a partir de ahora los llamaremos: el evangelio y los Hechos.

de finales del siglo II, las voces son unánimes a este respecto. El testimonio más antiguo es el de Ireneo: «Lucas, compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio que éste predicaba» (*Adv. Haer.* III,1). Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano dan testimonio igualmente en este sentido. Esta identificación de los Padres se fundamenta esencialmente en los pasajes «nosotros» de los Hechos², en los que el narrador habla en primera persona del plural, como si hubiera participado en los acontecimientos, y en la mención hecha por Pablo, al final de tres de sus cartas, de uno de sus compañeros, un médico llamado Lucas (Flm 24; Col 4,14; 2 Tim 4,11). Los Padres de la Iglesia consideran que esta información de primera mano sobre un compañerismo, vivido hasta el martirio de Pablo (*Adv. Haer.* III,14,1), garantiza el valor histórico de la obra de Lucas, una obra compuesta por dos volúmenes: un evangelio y una historia de los comienzos de la Iglesia.

Para la crítica histórica

Sin embargo, la exégesis crítica de principios del siglo XX puso en cuestión esta atribución tradicional, al descubrir que la perspectiva de Lucas en los Hechos correspondía más bien a la situación de finales del

2. Hch 16,10-17; 20,5-15; 21,1-18; 27,1-28,16.

siglo I y reflejaba sobre todo el punto de vista de la generación siguiente con relación a las fuentes de los evangelios. Desde entonces, la sospecha se ha proyectado sobre el valor que había que conceder al testimonio de la tradición patristica.

En primer lugar, ¿era Lucas el autor del tercer evangelio? ¿No sintió la Iglesia, enfrentada a las primeras herejías, y a la de Marción en particular, la necesidad de afirmar la autenticidad de sus escritos recordando su pertenencia a la tradición de los apóstoles? ¿No habían sido puestos esos escritos anóni-

mos que eran los evangelios con esa finalidad bajo el patronazgo de los apóstoles, bien sea directamente «según Mateo», «según Juan», bien sea indirectamente (Marcos era considerado como el secretario de Pedro y Lucas como el compañero de Pablo)?

Por lo demás, ¿qué sabemos de este Lucas? ¿Fue verdaderamente compañero de Pablo? El hecho de que Pablo hable de un cierto Lucas como colaborador suyo no prueba que éste fuera el autor del tercer evangelio. El nombre de Lucas (*Loukas*) estaba muy extendido. Por último, ¿era preciso considerar

EL AUTOR DEL TERCER EVANGELIO Y DE LOS HECHOS

Ciertamente, la tradición no ha inventado los evangelistas, pero, antes de interesarse por ellos en cuanto garantes del origen apostólico de los escritos evangélicos, primero se preocupó de transmitir la Buena Nueva de Jesús y las palabras del Señor. La curiosidad con respecto a los autores humanos sólo vino después, cuando aparecen las primeras herejías que amenazan la fe de la nascente Iglesia. A los gnósticos, que predicaban un nuevo evangelio, la Iglesia opone el verdadero evangelio, narrado por los apóstoles Mateo y Juan o sus discípulos. Además de que se subrayaba la relación histórica entre el evangelio de Marcos y la predicación de Pedro, se trató de encontrar un arraigo apostólico para el tercer evangelio y vincularle así a la predicación de Pablo. Las tres menciones por parte de Pablo del nombre de Lucas (Flm 1,24, Col 4,14, 2 Tim 4,11) parecían confirmarlo.

Lo mismo que los otros autores de relatos evangélicos, el del tercer evangelio sigue siendo anónimo y se difumina tras su relato. Los intentos por descubrir en su estilo indicios de su calidad de médico han sido vigorosamente refutados desde 1920. El texto revela otras características más importantes del autor, en particular su talento de escritor, que le permite jugar con diferentes estilos de griego, desde el griego clásico neo atico, el más puro (cf Hch 17, el discurso de Pablo en el Areópago de Atenas), al griego teñido de hebraís-

mos imitado de los Setenta (cf Lc 1). Igualmente muestra a un hombre educado, impregnado de cultura helenística, pero también a un gran conocedor de las Escrituras, a las que hace numerosas alusiones, refiriéndose al texto griego de los Setenta. Por último, al final de la lectura de su obra nadie puede dudar de su experimentado arte de narrador.

Sin embargo, Lucas es el único evangelista en haber añadido un segundo volumen a su evangelio para esbozar el nacimiento y los comienzos de la Iglesia, entregándonos con ello un precioso testimonio sobre la importancia de la tradición apostólica a finales del siglo I y sobre su propia postura dentro de una tradición paulina en plena expansión. En efecto, junto a la mitad del libro de los Hechos, dedicada a la figura del apóstol Pablo, otros escritos del Nuevo Testamento —las cartas déuteropaulinas (Col, Ef y 2 Tes) y las Cartas Pastorales (1 y 2 Tim y Tit)— se presentan igualmente como testimonios de la predicación o de la actividad misionera de Pablo. Las Cartas Pastorales, escritas probablemente a finales del siglo I, son particularmente reveladoras del modo en que una generación vio en Pablo la figura de autoridad que garantizaba la continuidad de la tradición apostólica. Lucas es también el heredero de estas tradiciones relativas al Apóstol de los gentiles. Su obra da testimonio de la manera en que administró esta herencia.

los pasajes «nosotros» de los Hechos como la prueba de que Lucas había tomado parte en los viajes misioneros de Pablo? ¿No habría que cargar estos pasajes en la cuenta de un procedimiento literario conocido en la antigüedad? Consiguientemente, ¿qué valor histórico se podía conceder a los Hechos?

La exégesis crítica ha hecho valer además que si el evangelista Lucas, autor de estas dos obras, fue el compañero de Pablo, no podía haber en ellas contradicción entre su testimonio y el que da el mismo apóstol Pablo en sus cartas. Ahora bien, las separaciones, incluso las contradicciones, entre ambos son innegables.

De este modo se llegó a considerar que, o bien el autor de los Hechos no era el mismo que el del tercer evangelio, o bien que estas dos obras reflejaban épocas y preocupaciones diferentes, habiendo sido escritas independientemente la una de la otra. Por una parte, un libro dedicado a Jesús, el evangelio, escrito como el de Marcos y el de Mateo en los años 70-80 y, por otra, una historia de los comienzos de la Iglesia, que dataría de una decena de años más tarde. Si los datos del evangelio no podían ser cuestionados, dado que estaban garantizados por la comparación sinóptica, no sucedía lo mismo con los Hechos en su relato, Lucas habría proyectado las cuestiones de su propia comunidad y plasmado la predicación de los apóstoles coloreándola con sus propias tendencias teológicas. Por tanto, el libro de los Hechos había que tomarlo como una obra con intención apologética, preocupada por mostrar la unidad y la legitimidad de la Iglesia, sin relación directa con su evangelio, escrito mucho antes. Esta crítica radical, mantenida esencialmente en Alemania por exegetas protestantes liberales, supuso, por parte católica, una radicalización de la tesis de la fiabilidad histórica del testimonio de Lucas.

Como vemos, la discusión versó exclusivamente sobre cuestiones de orden histórico. Por eso se dejaba de lado el aspecto literario de la cuestión de la relación entre ambos libros. La necesidad de tomar en cuenta seriamente la propia escritura lucana se impuso poco a poco y ha enriquecido considerablemente este difícil asunto.

Para la exégesis contemporánea

Las diferentes hipótesis surgidas de los argumentos de la crítica histórica han continuado siendo discutidas. Para algunos, se trata de dos obras del mismo autor, pero escritas en momentos diferentes, ya sea completamente independientes la una de la otra, ya sea independientes en el fondo, pero asimiladas ulteriormente mediante un proceso literario. Otros han considerado la posibilidad de una obra única en su origen separada después en dos, lo cual tuvo como consecuencia una revisión de la conclusión del primer volumen y de la introducción del segundo. La tesis según la cual un solo autor pergeñó y compuso una obra en dos volúmenes, tal como se ha conservado en el Nuevo Testamento, es la que actualmente tiende a imponerse en los estudios lucanos, pero la cuestión sigue planteada sin embargo a propósito de la naturaleza de la relación que une a estos dos libros. La hipótesis de dos autores diferentes y la de la obra única dividida en dos hoy ya no se defienden.

LA EXPRESIÓN «LUCAS-HECHOS»

Su origen

El debate mencionado más arriba conoció un giro importante con la publicación en 1927 de la obra de H

Cadbury, *The Making of Luke-Acts*, en la que se defendía la tesis de la unidad de los dos libros no solamente en el nivel del autor, sino en el del propio relato. Ejerciendo de precursor, basaba sus conclusiones en un acercamiento literario, atento en particular al estudio del estilo y del vocabulario. Así pues, la expresión «Lucas-Hechos», que tiene aquí su origen, es portadora, en su misma forma, de la convicción, adquirida por el autor, de que no se puede tratar separadamente las dos obras. En especial, la función que atribuye al prólogo de Lc (1,1-4) le proporciona un argumento de peso: en su opinión, este prólogo no introduce simplemente al evangelio, sino que constituye un prólogo al conjunto de los dos volúmenes. En cuanto al prólogo de Hch 1,1-2, no es más que un prólogo secundario, según un uso conocido en la literatura antigua. Al subrayar que es el esfuerzo literario del autor más que la pertenencia a un género común el que constituye la unidad de esta obra, así como un mismo diseño de conjunto (una apología del movimiento cristiano, en su opinión), Cadbury abrió un *fecundo camino para estudiar Lucas y Hechos como una misma unidad narrativa*. Su influencia es todavía real en algunos ámbitos de la investigación exegética de hoy. El amplio consenso que se estableció sobre la cuestión de la unidad de las dos obras de Lucas es la prueba de ello.

Su alcance

Desde esta perspectiva, el lector que hace suya esta decisión de tratar el conjunto Lc-Hch como un todo, es decir, de leerlos cada uno en función de su relación con el otro, está invitado a la vez a una lectura renovada de la obra lucana. Para ello se trata, a par-

tir de ese momento, de «releer el evangelio a partir de los Hechos para buscar allí las claves hermenéuticas del relato y descubrir en los Hechos la realización de las predicciones del evangelio»³

NUESTRO CAMINO

1ª parte En el nivel de la arquitectura del conjunto, señalar los elementos de la construcción y su ordenamiento

1 Un marco que engloba el conjunto: los prólogos y el epílogo

2 Las diferentes partes que forman su coherencia: el comienzo y el final de cada uno de los dos volúmenes

3 El comienzo y el final del conjunto

4 Un eje unificador: el texto-programa de Lc 4,16-44

2ª parte En el nivel de la lectura a lo largo del texto, dejarse guiar por un estilo que teje relaciones para conducir al sentido

5 El texto anticipa y remite hacia atrás: prolepsis y analepsis

6 Traza líneas de continuidad en el relato: cadenas narrativas y repeticiones

7 Establece paralelos

³ D. MARGUERAT, *La première histoire du christianisme. Les Actes des Apôtres* (Lectio Divina 180, Paris-Ginebra, Cerf - Labor et Fides, 1999), cap. 3 «L'unité de Luc-Actes, un travail de lecture»

BOSQUEJO DE LA CRISTOLOGÍA DE LUCAS

Desde el primer capítulo de su evangelio, el lector es informado de la identidad de Jesús gracias a las intervenciones celestiales que constituyen su revelación «Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33), «El que va a nacer será santo y se llamará **Hijo de Dios**» (1,35) A estas palabras del ángel Gabriel a María responden como un eco las del ángel del Señor que se dirige a los pastores «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el **Señor**» (2,11)

Para Lucas, Jesús es anunciado primero como el Mesías, el descendiente prometido a David en el oráculo del profeta Natán «Mantendré después de ti el linaje salido de tus entrañas, y consolidaré su reino () Mantendré para siempre su trono real Seré para él un padre y él será para mí un hijo» (2 Sm 7,12-14) Así, mediante su nacimiento, Dios cumplirá su promesa y pondrá término a la espera de Israel

El tema de la **realidad** de Jesús aflora a lo largo del evangelio durante el bautismo de Jesús, el Espíritu Santo descendiendo sobre él y lo acompaña a lo largo de su ministerio, en la sinagoga de Nazaret es presentado como aquel en quien se cumple la profecía de Isaías «El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido» (Lc 4,18) Ahora bien, la venida del Espíritu de Dios y la unción son, en el Antiguo Testamento, prerrogativas del rey «Samuel tomó el cuerno del aceite y lo ungió en presencia de sus hermanos El espíritu del Señor entró en David a partir de aquel día» (1 Sm 16,13) Por otra parte, mientras que el tema de la proclamación y de la venida del Reino esta particularmente puesto de relieve en el relato de la subida de Jesús a Jerusalén, Jesús es interpelado con el título «Hijo de David» por el ciego de Jericó (Lc 18,38-39) antes de hacer su entrada real en Jerusalén «Bendito el rey que viene en nombre del Señor» (Lc 19,38) Los

discípulos de Emaús confirmarán que la figura de un Mesías real, a imagen de los reyes guerreros que reinaron antaño en Israel, estaba en sus mentes «Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel» (24,21)

Si bien es verdad que es presentado como el Mesías-rey, Jesús aparece también como una figura **profética** Su nacimiento es narrado en términos que hacen de él un nuevo Samuel su madre, María, es presentada sobre el modelo de Ana, la madre de Samuel En efecto, lo mismo que Samuel, el primer profeta de la Biblia, Jesús viene al mundo como consecuencia de una intervención divina, después es presentado en el Templo (Lc 2,22), conforme a los ritos de la ley mosaica, en el caso de Samuel, es llevado ante el sacerdote Elí para ser consagrado al Señor con ocasión de un sacrificio anual en el santuario de Siló (1 Sm 1,24) Lo mismo que Samuel, por último, Jesús va creciendo en estatura y sabiduría (1 Sm 2,26 y Lc 2,40)

Durante su ministerio en Galilea, Jesús es aclamado como profeta por la muchedumbre, que reconoce en sus milagros el cumplimiento de las profecías, en particular la de Is 61,1 2 (cf p 32) «Un gran profeta ha surgido entre nosotros, Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16) Por otra parte, el relato lucano subraya constantemente la dimensión profética de las palabras de Jesús, proporcionando al lector múltiples ocasiones de verificar su autenticidad, los anuncios de la pasión no son más que un ejemplo entre otros muchos

De esta manera, el parentesco de Jesús con los profetas que le han precedido (especialmente Elías) permite reconocerlo en su papel de enviado de Dios, pero también permite valorar todo lo que le diferencia de ellos Al figurar al final de toda esta línea profética, Jesús aparece como «el Profeta» de los últimos tiempos, el que tenía que venir antes del día del Juicio de Dios, y cuya venida inaugura una era nueva

PRIMERA PARTE

UNA HISTORIOGRAFÍA

CUIDADOSAMENTE CONSTRUIDA

1. Los prólogos (Lc 1,1-4 y Hch 1,1-3)

EL PRÓLOGO (Lc 1,1-4)

Lucas hace preceder su relato de un prólogo. Se presenta bajo la forma de una sola frase cuidadosamente construida, un largo período con ritmo armonioso y equilibrado, según las reglas de la retórica griega. Con un estilo solemne y algo convencional, que empleaban los autores antiguos para presentar su obra a sus lectores, Lucas se dirige a su destinatario para definirle su proyecto y proporcionarle, en alguna medida, las claves de lectura.

- (1) Ya que muchos se han propuesto
+ componer un relato
– de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros
- (2) • según nos lo transmitieron quienes *desde el comienzo* fueron testigos oculares y ministros de la PALABRA,
- (3) **me ha parecido también a mí,**
• después de haber investigado, *desde el principio,*
– cuidadosamente todo lo sucedido,
+ **escribirte una exposición ordenada, ilustre Teófilo,**

- (4) • para que llegues a comprender la autenticidad de las ENSEÑANZAS que has recibido

La disposición tipográfica adoptada pone de relieve la cuidadosa construcción y el ritmo equilibrado de la frase, teniendo así cada miembro de la frase su correspondiente

<i>Muchos se han propuesto</i>	<i>me ha parecido también a mí</i>
<i>componer un relato</i>	<i>escribirte una exposición ordenada, ilustre Teófilo,</i>
<i>de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros</i>	<i>(de) todo lo sucedido</i>
<i>desde el comienzo</i>	<i>desde el principio</i>
<i>según nos lo transmitieron</i>	<i>para que llegues a comprender</i>

De esta manera, en cuatro oraciones subordinadas dispuestas alrededor de la proposición principal «me ha parecido también a mí escribirte », Lucas define sucesivamente el contexto en el que se sitúa su empresa (v 1), la materia de su tema (v 2), las características de su obra (v 3) y la finalidad de esta (v 4)

En efecto, el prólogo de una obra tiene como función establecer entre el narrador y su destinatario un verdadero pacto de lectura, previo al descubrimiento

TEÓFILO Y LOS DESTINATARIOS DE Lc-Hch

¿Quién era Teófilo? No lo sabemos. Este nombre estuvo extendido por la cuenca del Mediterráneo desde el siglo III a. C. De origen griego, sin embargo se dio también a los judíos, como muestra un sumo sacerdote llamado así, mencionado por el historiador judío Flavio Josefo. Entre los cristianos conocemos a un Teófilo, obispo de Antioquía a finales del siglo II. Quizá el rico Teófilo de Antioquía, conocido de Clemente de Roma, a finales del siglo I, tuviera algo que ver con el destinatario de Lucas, en todo caso, es imposible probarlo. El hecho de que Lucas lo califique de «ilustre Teófilo» no prueba nada de su rango social. Se trata de una fórmula corriente y empleada de forma muy profusa.

Se ha barajado una hipótesis según la cual este nombre de Teófilo estaría empleado aquí como un adjetivo que designaría, de forma simbólica, al cristiano «amigo de Dios» (*theo filus*). La costumbre de la época de dedicar los libros a personas reales, muy conocidas por el autor, iría en contra de esta explicación.

Sea como fuere, Teófilo es un cristiano. Para algunos, ya ha recibido una instrucción catequética conveniente y adecuada, para otros, se trata de alguien de fuera de la comunidad cristiana que sólo ha oído rumores a propósito de Jesús y de la naciente Iglesia. La hipótesis de un «catecismo» es poco probable en la época apostólica. Por el contrario, lo mismo que Apolo fue instruido en el Camino del Señor, pero no conocía más que el bautismo de Juan y debió recibir explicaciones suplementarias antes de poder «demostrar por las Escrituras que Jesús era el Mesías» (Hch 18,25-28), así, quizá, Teófilo recibió informaciones sobre la misión de Jesús y los comienzos de la Iglesia, quizá incluso se vinculó a la comunidad de los discípulos de Jesús, pero aún le faltaban elementos esenciales para adherirse verdaderamente a la fe en Cristo.

de un texto que el lector no conoce aún, de modo que no existan malentendidos sobre la naturaleza y el diseño de la obra y que su lectura esté desde el principio correctamente orientada. Situado, de esta manera, en la cabecera del relato, representa, sin embargo, lo que el autor ha redactado al final, al término de la escritura de su obra, una vez que tenía en mente el conjunto de su relato, tanto por lo que respecta a su desarrollo como a su intención.

La perspectiva de la unidad literaria de Lc-Hch viene a otorgar una dimensión nueva y una importancia particular a estos cuatro versículos e invita a prestar atención especialmente a la elección y el alcance de los términos que los constituyen, en cuanto introducen no sólo al tercer evangelio, sino también al libro de los Hechos, es decir, al conjunto del proyecto lucano.

El contexto en el que Lucas sitúa su obra

Ya que muchos se han propuesto componer un relato de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros.

Lucas hace referencia a la existencia de predecesores como a un fenómeno conocido por sus lectores, mostrando con ello la buena fundamentación de su propia tarea, arraigada en una tradición. Lejos de querer despreciar los trabajos de sus predecesores, como pensaron algunos Padres de la Iglesia (Orígenes, por ejemplo), por el contrario subraya su importancia: son numerosos los que han ayudado a poseer las informaciones necesarias. Dicho de otra manera, ya existe una tradición de relatos (el texto de Lucas no precisa si son escritos) en el momento en que se pone a trabajar. No los nombra de forma precisa, pero la crítica de las fuentes —que examina las diferentes fuentes utilizadas por el autor— ha establecido por su

parte que conocía la tradición del evangelio de Marcos, la de los dichos (*logia*) de Jesús (llamada «fuente Q», del alemán *Quelle*) e incluso al menos una fuente que Marcos no conocía, pero que aparece en las palabras de Jesús comunes a Mateo y Lucas. Finalmente, todavía dispuso de otra fuente que le era propia, que incluía palabras desconocidas para Mateo y para Marcos.

Lucas señala solamente lo que refieren estos relatos: «*Los acontecimientos* (literalmente, los 'hechos', *praxeis* —el mismo término que forma parte del título del libro Hechos de los Apóstoles) *que se han cumplido entre nosotros*» La presencia del pronombre «nosotros» podría hacer pensar que el narrador y sus destinatarios vivieron los acontecimientos en cuestión (es decir, el contenido del evangelio y de los Hechos) y que el relato va a referir aquello de lo que fueron testigos directos. El tenor del v 2 (*cf* más abajo) sin embargo impide esta interpretación y llama la atención sobre el empleo del verbo «cumplir». Por una parte, su tiempo (el perfecto en griego) indica que el efecto de estos acontecimientos pasados continúa dejándose sentir en el momento en que Lucas escribe, por otra, como ocurre en Lucas con frecuencia, el empleo del verbo en la voz pasiva sugiere que es el propio Dios el que ha conducido estos acontecimientos hasta su cumplimiento. Por tanto, esta expresión ha de ser entendida más bien como que Dios ha hecho que estos acontecimientos —producidos en el pasado— hayan adquirido su plena medida, se hayan realizado completamente en la comunidad lucana.

Para un lector que no conociera lo que sigue, este versículo resultaría bastante enigmático. ¿cuáles son estos acontecimientos?, ¿en que sentido se puede decir que se han «cumplido» en el seno de la comunidad lucana? El relato de Lucas es el que proporciona la clave del enigma: los acontecimientos que se

producen en Jerusalén siguen siendo incomprensibles para los discípulos hasta que el propio Cristo resucitado viene a revelar su sentido. Sólo cuando sus ojos se abren sobre el sentido de estos acontecimientos —a saber, que en Jesús se han realizado las promesas de Dios de traer la salvación a los hombres— es cuando estos acontecimientos se cumplen plenamente para ellos. Entonces se vuelven capaces de dar testimonio de ellos y de hacer que estos acontecimientos se cumplan igualmente para otras personas. De esta manera, para la comunidad lucana, los acontecimientos de Pascua se sitúan en el orden del pasado, pero el testimonio de los discípulos, transmitido por los relatos de los predecesores de Lucas, ha hecho que estos «acontecimientos se han cumplido entre nosotros». El v 2 confirmará que, para Lucas, se trata de situarse en el proceso de transmisión de una tradición.

La materia de su tema

según nos lo transmitieron quienes desde el comienzo fueron testigos oculares y ministros de la palabra

Lucas precisa aquí que asimismo los relatos de sus predecesores están situados en un proceso de tradición: antes que ellos hubo una generación de testigos oculares que comprometieron su existencia al servicio de la predicación cristiana. El término «palabra» (*logos*) designa en Lucas la Palabra de Dios⁴, la palabra del Señor (es decir, de Cristo resucitado)⁵, pero también la buena nueva de la salvación traída

4 Hch 4,31, 6,2-7, 8,14, 11,1, 12,24, 13,5-7, 46, 17,13, 18,11

5 Hch 13,44-48, 49, 15,35-36, 16,32, 19,10-20

por Jesús⁶ Son aquellos que «desde el comienzo» recibieron y transmitieron esta Palabra que ha proporcionado a las siguientes generaciones la materia de sus relatos. Los acontecimientos narrados por los «muchos» predecesores de Lucas son, en consecuencia, el fruto de los testimonios de estos primeros testigos y Lucas se sitúa así en la tercera generación, después de la de los testigos oculares y la de los «muchos» que han compuesto relatos sobre los acontecimientos relativos a Jesús, su muerte y su resurrección. Esto significa que el acto de transmitir forma parte de la tradición de los acontecimientos narrados por los relatos evangélicos, tanto como los propios acontecimientos. Lo que constituye la materia de estos relatos son los acontecimientos en cuanto transmitidos por mediación de testigos.

El proyecto de Lucas

me ha parecido también a mí, después de haber investigado cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio, escribirte una exposición ordenada, ilustre Teófilo

El proyecto de Lucas viene a situarse en este contexto también el va a contar como los acontecimientos de la salvación se han «cumplido» en su comunidad. Incluso aunque no se designen aquí explícitamente los Hechos, el lector ya tiene un indicio de que la historia no se detendrá con la partida de Cristo.

Lucas precisa igualmente su método de trabajo, el de un historiador que lleva a cabo investigaciones completas y serias. Tomará las tradiciones «desde el

principio», es decir, incluyendo los relatos de la infancia de Juan Bautista y de Jesús.

En cuanto a la ordenación de su relato, es menos de orden cronológico que lógico. Con el ejemplo del discurso de Pedro en Hch 11,4, que refiere «de forma ordenada» a sus hermanos lo que sucedió en casa de Cornelio, para convencerles de que el propio Dios quiso abrir a los paganos la «puerta de la fe», Lucas trata de poner en relación el relato de los acontecimientos con la totalidad de la historia de la salvación. El orden adoptado, puesto que se relacionara con valorar el sentido de estos acontecimientos, apuntará mucho más a persuadir que a ofrecer indicaciones geográficas y temporales.

El propósito de Lucas

para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido

A la luz de los versículos precedentes, aquí se confirma que lo que desea Lucas para su destinatario Teófilo no es convencerle de la verdad de los hechos, sino más bien llevarle a una convicción personal a propósito de su *significado*.

Las «enseñanzas», en el contexto de la obra de Lucas, hacen referencia a la vez a las palabras de la enseñanza de Jesús y a las de los apóstoles. Lo que se le ha enseñado a Teófilo está arraigado en la continuidad de esta tradición, inaugurada por los primeros ministros de la Palabra.

«Que todos los israelitas tengan la certeza» dirá Pedro en Jerusalén durante Pentecostes, «de que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis» (Hch 2,36). La certeza que Lucas desea para Teófilo es del mismo orden concierne a lo que ningún testigo puede probar, sino a

⁶ Cf Hch 10,36 donde la «palabra» consiste en «la buena noticia de la paz por medio de Jesucristo»

lo que sólo un creyente puede afirmar, a saber, que Dios actuó en los acontecimientos narrados y de esa manera cumplió las promesas hechas a Israel

El relato evangélico de Lucas, como aquellos de sus «muchos» predecesores, no presenta pruebas

históricas susceptibles de evitar los riesgos y las ambigüedades de la fe. Al mostrar que las palabras de la promesa y los acontecimientos han coincidido, deja a la fe la preocupación por decidir su sentido. Allí donde se tome la decisión de que es Dios quien ha ac-

EL PRÓLOGO DE LUCAS Y OTRO PRÓLOGO

La comparación del prólogo de Lucas con el de un tratado matemático del siglo I de nuestra era muestra perfectamente que ambos textos tienen una estructura similar

El prólogo de Lucas (Lc 1,1-4)

Ya que muchos se han propuesto componer un relato de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros

según nos lo transmitieron quienes desde el comienzo fueron testigos oculares y ministros de la palabra,

me ha parecido también a mí,

después de haber investigado cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio,

escribirte una exposición ordenada, illustre Teófilo,

para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido

proposición causal, mención de otros escritores

proposición subordinada dependiente de la precedente; materia del tema

proposición principal, decisión del autor

proposición de participio dependiente de la principal, cualificaciones del autor

infinitivo objetivo, tratamiento de la materia; destinatario

proposición final, resultados para el destinatario

El prólogo de las Pneumatica I de Herón de Alejandría

Ya que la materia pneumática es estimada digna de esfuerzo por los antiguos filósofos e ingenieros

aquellos que, por la fuerza del razonamiento, han iluminado su potencia, y aquellos que, igualmente gracias a ella, han aclarado la acción de los elementos sensibles,

también nosotros estimamos necesario

ordenar lo que nos han transmitido los antiguos

y exponer lo que además hemos hallado nosotros mismos,

de esta manera, en efecto, podrá ser útil a aquellos que quieran volver después de esto a las matemáticas

proposición causal, naturaleza de la materia, otros escritores

proposición de participio, dependiente de la precedente, clasificación metódica de otros escritores

proposición principal, decisión del autor

infinitivo objetivo, materia del tema

2º infinitivo objetivo

resultado para los lectores

tuado, los acontecimientos de la salvación continúan cumpliéndose «entre nosotros»

UN PRÓLOGO SECUNDARIO (Hch 1,1-3)

«Ya traté en mi primer libro, querido Teófilo, de todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que subió al cielo, después de haber dado sus instrucciones bajo la acción del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido. Después de su pasión, Jesús se les presentó con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios»

Estos tres versículos que abren el libro de los Hechos constituyen un prólogo secundario. Se repite el destinatario, Teófilo, y se hace referencia al volumen precedente. La presencia de semejante transición entre los dos libros, que corresponde a un uso conocido en la literatura antigua, invita a considerar de forma más precisa en qué sentido el prólogo de Lucas es representativo de las convenciones literarias de su tiempo, de las de la historiografía o de las de los tratados científicos en particular.

EL PRÓLOGO DE LUCAS EN LA LITERATURA ANTIGUA

La presencia de un prólogo en la literatura antigua, entre los historiadores, geógrafos, hombres de ciencia y otros escritores griegos y latinos, responde a un uso corriente que tiene su origen en el mundo de la elocuencia y del que se hacen eco los tratados de retórica que han llegado hasta nosotros. Según las obras de los grandes

historiadores de la Grecia clásica, Herodoto y Tucídides en particular, y también según el tratado titulado *Cómo hay que escribir la historia*, compuesto por Luciano de Samosata (un retor del siglo II), podemos hacernos una idea bastante precisa de las reglas relativas al prólogo de las obras históricas y más ampliamente de los escritos científicos. Tomar en consideración este contexto cultural ha aportado una nueva iluminación al prólogo de Lucas, considerado desde entonces como que introduce a la «primera historia del cristianismo»

En la decisión de Lucas de escribir para Teófilo un relato «ordenado» encontramos el respeto por la exigencia de construir bien el relato y de proporcionarle una disposición y un ordenamiento correctos. Luciano de Samosata ofrece precisiones sobre esta exigencia de orden: «Que avance deslizándose y de forma unida, conforme a sí mismo, de tal modo que no ascienda ni se hunda. Después, que resplandezca la claridad, obtenida, como he dicho, por el estilo y el entrelazamiento de los hechos» (55,2)⁷

Otros puntos comunes relacionan el prólogo de Lucas con prólogos de la literatura antigua, en particular la de los escritos científicos.

– la referencia a predecesores que hayan escrito sobre el mismo tema, la referencia al conocimiento que tiene el mismo autor de este tema, su decisión de escribir a su vez y la finalidad que se propone con ello,

– la mención del destinatario del libro, con la razón por la cual se le dedica,

– la preocupación por la redacción del prólogo, cuyo trabajado estilo se distingue del resto de la obra: palabras escogidas, elegancia y ritmo equilibrado de la frase,

⁷ Citado por D. MARGUERAT, *La première histoire du christianisme*, p. 29

— la mención, en el caso de una obra con varios volúmenes, del nombre del destinatario al comienzo de cada volumen

El establecimiento de estas similitudes confirma el lugar de Lucas en la literatura y la sociedad de su tiempo.

LUCAS Y LA NARRACIÓN DE LA HISTORIA

La exactitud histórica de los hechos referidos por Lucas en los Hechos ha sido puesta en duda ante las contradicciones aparecidas cuando se compara el relato de los Hechos con las cartas de Pablo. Se vertieron sospechas sobre la competencia de Lucas en materia de escritor de historia. Sin embargo, un mejor conocimiento de las reglas de la historiografía antigua y la toma en consideración del contexto cultural en el que Lucas escribió han conducido a ver en él un verdadero historiador. Veamos estas reglas¹

- elegir un tema noble,
- elegir un tema «útil» que contribuya a la edificación moral de los destinatarios,
- que el autor no tome partido,
- que se dedique a una buena construcción del relato, en particular de su comienzo y de su final,
- que reúna un material adecuado,
- que proceda a una selección de las informaciones y vele por su variedad,
- que vigile por la disposición y el ordenamiento del relato,
- así como por la vivacidad de su narración,
- que no abuse de los detalles topográficos,
- que (re)componga los discursos pronunciados por tal o cual orador

Lucas ha observado muchas de estas reglas: la cuidadosa construcción de su relato, la variedad y vivacidad de su estilo, las pocas indicaciones topográficas, sin olvidar los

ejemplos edificantes, que no faltan en los Hechos, lo prueban palmariamente

En cuanto al modo en que el historiador antiguo trata sus fuentes, esclarece considerablemente la cuestión de las fuentes de Lucas. En efecto, leemos en el historiador griego Luciano de Samosata

«Los hechos ya no deben ser dejados al azar, sino sometidos a un laborioso, y a menudo penoso, examen, a una crítica severa () Cuando los haya reunido todos o casi todos, que primeramente haga un memorial de ellos, que componga con ellos un cuerpo primero informe y sin proporciones, después que introduzca el orden, la belleza, el colorido del estilo, el brillo de las figuras, la armonía del lenguaje» (pp 47-48)

Si es tan difícil —incluso imposible— determinar las fuentes de los Hechos a partir de la redacción lucana, es porque, siguiendo las reglas ya vigentes en su época, ha organizado y reescrito los documentos de los que disponía. No es que su relato sea ficticio

Lo mismo sucede con la composición de los discursos. Lucas se adapta al modelo propuesto por el historiador griego Tucídides. «Por lo que respecta a los discursos pronunciados por unos y otros () he expresado lo que, en mi opinión, habrían podido decir que respondiera de la mejor manera posible a la situación, ajustándome, para el pensamiento general, lo más posible a las palabras realmente pronunciadas» (*La guerra del Peloponeso* 1,22,1)

Lucas se preocupa, en particular, por hacer hablar a sus personajes según la lengua y el estilo que les caracterizaban durante Pentecostes, en Jerusalén, Pedro habla en un griego impregnado de semitismos (Hch 2,14-36), mientras que en el brillante discurso que pronuncia en el Areópago de Atenas

¹ Cf. D. MARGUERAT *La première histoire du christianisme*, cap 1

(Hch 17,22-31), Pablo reencuentra de alguna manera la pureza y la elegancia de la lengua de Demóstenes

Por tanto, es evidente que Lucas ha bebido en la cultura de la historiografía griega. Sin embargo se aparta de ella en varios puntos: en primer lugar sobre la elección del tema. El tema que eligió no habría podido ser considerado como «noble» por el historiador antiguo, que trataba esencialmente de historia política o militar. Elegir narrar los comienzos de la pequeña comunidad cristiana da muestras de otra lógica, la que se encuentra en la tradición de los relatos históricos de la Biblia (los libros de los Jueces, Samuel o Reyes), que trazan la historia del pequeño pueblo de Israel y no la de las grandes potencias que le rodean.

Por otra parte, la manera en que trata de presentar los hechos a su lector carece ciertamente de esta falta de partidismo, de esta distancia crítica que requería el estilo de la historia griega. Lo que ocurre es que Lucas hace una lectura creyente de la historia y la entiende como teólogo, bebiendo también en esto en la tradición historiográfica judía. Dios no deja de intervenir en el centro de la historia de los hombres. Escribir la historia de los hombres es escribir indisolublemente la historia de la salvación. El encuentro de estas dos tradiciones historiográficas es característico del trabajo del historiador llevado a cabo por Lucas, y de ahí su originalidad.

2. ¿Dos historias separadas que se continúan o una historia en dos volúmenes?

EL FINAL DE CADA UNO DE LOS DOS RELATOS (Lc 24 y Hch 28)

Si la crítica se ha resistido durante mucho tiempo antes de considerar la unidad de la obra de Lucas, es porque el tercer evangelio y los Hechos constituyen relatos diferentes que pueden ser leídos separadamente. Su respectivo lugar en el canon del Nuevo Testamento lo confirma. Tomar en consideración el carácter autónomo de estos dos relatos es importante para evaluar con precisión lo que constituye su unidad.

Lc 24 y el «arte de concluir un relato»⁸

En el capítulo 24 del evangelio encuentran su con-

clusión muchos elementos del relato que empezaba en el capítulo 1

– El largo camino hasta Jerusalén debía ser un camino de muerte y resurrección. El propio Jesús lo había anunciado en varias ocasiones. Al tercer día de su muerte, el anuncio de su resurrección viene a poner término a la espera que estos anuncios habían suscitado en el relato y a sellar el cumplimiento de su destino. A pesar de su carácter inesperado para los personajes de la historia, para el lector suena menos como la bajada final del telón que como el previsible desenlace de la historia.

En efecto, mediante una invitación a recordar los anuncios que Jesús había hecho referentes a su pasión y su resurrección es como los dos hombres con vestiduras resplandecientes informan de la resurrección de Jesús a las mujeres que habían acudido al sepulcro. «Recordad lo que os dije cuando estaba en

⁸ J.-N. ALETTI, *El arte de contar a Jesucristo. Lectura narrativa del evangelio de Lucas* (Salamanca, Sígueme, 1992) 156ss.

Galilea Que el Hijo del hombre debía ser entregado en manos de pecadores, que iban a crucificarlo y que resucitaría al tercer día» (Lc 24,6b-7) Al subrayar que es la propia palabra de Jesús la que se ha convertido en realidad, esta remisión al pasado hace del acontecimiento de la resurrección el episodio último del destino asumido libremente por Jesús. De esta manera, el narrador proporciona a su lector un importante indicio de la clausura de su relato.

– Después del anuncio de la resurrección de Jesús, el episodio del encuentro de Emaús también contribuye a señalar la cercanía del final del relato. Centrado en los discípulos, se dedica a describir el proceso por el cual Jesús los lleva a reconocerle y se convierte así en la ocasión de un verdadero resumen de todo el evangelio.

De esta manera, al responder al desconocido que se une a ellos en su camino, los dos hombres vuelven a trazar las principales etapas de la historia de Jesús: el nombre de «Jesús de Nazaret» (v 19) remite a lo que se ha dicho sobre su origen en los dos primeros capítulos del evangelio, la calificación de «profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo» (v 19) evoca el ministerio de Jesús en Galilea y la manifestación de su autoridad divina, reconocida a veces por algunos personajes del relato⁹, por último, la mención de los sumos sacerdotes y de los jefes, así como la alusión a la crucifixión (v 20), claramente hacen referencia a la pasión (Lc 22-23). Además, cuando el relato precisa que Jesús se sienta a la mesa con sus discípulos y que le reconocen en el gesto de la fracción del pan (vv 30-31), recuerda, con la última cena, la naturaleza única de la relación que une a Jesús con sus discípulos.

Aquí, al revés que en el anuncio de la resurrección, que llevaba a su término una de las líneas desplegadas a través del relato, es bajo la forma de la recapitulación como el episodio del encuentro de Emaús posee los indicios de la clausura del relato.

– Durante las apariciones de Jesús referidas en este capítulo, los discípulos no se enteran sólo de que la resurrección anunciada ya se ha producido. Gracias al Resucitado descubren el sentido de los acontecimientos de los que han sido testigos. «Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de ellas Escrituras» (v 27). Al «abrir» de esta manera las Escrituras a sus discípulos, Jesús les hace comprender que lo que ha sucedido en Jerusalén estaba previsto en el plan de salvación de Dios para los hombres. Eso no quiere decir que su muerte fuera inevitable, sino que, sumándose a la larga línea de los profetas rechazados por el pueblo infiel, ha cumplido hasta el final la misión recibida de Dios. También la Escritura ofrece el sentido de esa misión: en ella se ha cumplido la promesa hecha por Dios a su pueblo de enviarle un salvador y de instaurar su Reino entre los hombres. Por tanto, todo lo que en la Escritura es anuncio o promesa de la venida de un Mesías salvador concierne a Jesús. Su resurrección es la rúbrica del cumplimiento de esta promesa: la vida de Dios, más fuerte que la muerte, se ofrece a partir de ahora a los hombres en Jesucristo.

En este capítulo final del evangelio, el relato, puesto que pone el acento de esta manera en la coherencia de los acontecimientos, alcanza una especie de cima en la que invita a detenerse.

– Finalmente, constatemos que el último versículo conduce al relato allá donde había empezado: «Ellos [los Once y sus compañeros], después de postrarse

9 Cf 4,32-36, 5,17, 6,19, 7,16, 8,28, 9,19

ante él, se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría Y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios» (Lc 24,52-53) Como un eco de la escena de apertura del relato, en la que Zacarías entraba en el Templo para recibir la revelación de la llegada de los tiempos mesiánicos, la escena final muestra a los apóstoles dando gracias por la realización de esta promesa

El relato acaba así según el modelo de la inclusión. Volver a su punto de partida es otra manera de significar que el itinerario ha sido recorrido en su totalidad y que «la historia está contada».

Hch 28,16-31 y el «enigma del final de los Hechos»¹⁰

De igual manera que el capítulo 24 señala claramente el final del evangelio, el libro de los Hechos conoce su propio desenlace, incluso a pesar de parecer poco satisfactorio en muchos aspectos Siguiendo la hipótesis de que la clave del «enigma» quizá se encuentre en tomar en consideración el conjunto de la obra de Lucas, señalaremos aquí simplemente los elementos que indican el final de la historia y que confirman el hecho de que Lucas compuso dos historias diferentes, pudiendo ser leídas de forma separada.

El final del libro de los Hechos, dedicado a la estancia de Pablo en Roma, refiere dos entrevistas de Pablo con la comunidad judía de Roma una primera entre Pablo y los notables judíos (vv 16-22) y una segunda con un «número mayor» (vv 23-28) A continuación viene un sumario (vv 30-31) que describe la actividad de Pablo en Roma durante dos años Estas

dos escenas, cada una a su manera, recapitulan y concluyen el ministerio de Pablo, cuyo relato ocupa toda la segunda mitad del libro de los Hechos (capítulos 13-28)

Durante la primera entrevista, Pablo se defiende de haber traicionado al judaísmo y trata de justificar ante los notables romanos las acusaciones que han llevado a su arresto Los argumentos que presenta le llevan a mencionar los principales momentos de su proceso y, bajo la forma de una recapitulación, actúan como la conclusión de los capítulos 21-28 De esta manera, se traen a la memoria del lector las acusaciones dirigidas contra Pablo (21,21-28), su arresto y su encarcelamiento (21,30-33), el hecho de que los romanos no tengan nada contra él y quieran liberarle (23,28-29, 26,31-32), su apelación al emperador (25,7-12) y la verdadera razón por la que está preso (el tema de la esperanza de Israel aparecido en 23,6, 24,15, 26,6-7)

El desarrollo de la segunda entrevista reproduce un esquema bien conocido por el lector desde la predicación de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (13,14-48) después de una reacción más bien favorable, el auditorio se divide y se convierte en parte hostil a Pablo, que manifiesta entonces su intención de dirigirse hacia los paganos Apoyado en la larga cita de Isaías (6,9-10), esta vez el juicio de Pablo parece definitivo y sin apelación El efecto de contraste con el solemne encabezamiento de 13,26 «Hermanos, hijos de la estirpe de Abraham, y los que, sin serlo, teméis a Dios, es a vosotros a quienes se dirige este mensaje de salvación», se lleva así al máximo, otorgando al final del relato un carácter abrupto y una tonalidad trágica Más allá de las dificultades de su interpretación, sobre las que tendremos que volver, lo que se le señala al lector aquí es el fin de la historia de la misión paulina

10 D MARGUERAT, *o c*, 301-334



Que el final de los Hechos ponga así por delante al personaje de Pablo no impide ver en él la conclusión del conjunto del libro. En efecto, a lo largo del relato la cuestión de los destinatarios del mensaje de salvación, primero Israel, pero también todas las naciones de la tierra, ha permanecido en primer plano «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra», había dicho Jesús a sus apóstoles (Hch 1,8). Pedro y la comunidad de Jerusalén en la primera parte del libro, y Pablo en la segunda, han cumplido esta misión de testimonio. Se considere o no a Roma como el «confín de la tierra», lo cierto es que la Palabra ha llegado hasta la capital del Imperio romano.

EL ENCADENAMIENTO DE LOS DOS VOLÚMENES (Lc 24 y Hch 1)

Aunque cada una tiene su propia coherencia, estas dos historias se presentan también como dos historias que se continúan: primero la de la vida de Jesús y de su grupo de discípulos, la del nacimiento de la Iglesia después. ¿Habría querido escribir Lucas la Vida del fundador seguida por la de sus sucesores, al estilo de las *Vidas de los filósofos* en la antigüedad? Es difícil probar que haya seguido semejante modelo literario, tanto más cuanto que el modo en que ha articulado sus dos volúmenes no deja de plantear una pregunta: ¿verdaderamente se puede hablar de dos historias que se siguen cuando el final del primer volumen y el comienzo del segundo refieren —con variaciones nada desdeñables— el mismo episodio de la ascensión (Lc 24,50-51, Hch 1,6-11)? En efecto, desde esta perspectiva, la repetición de un acontecimiento conocido por el lector se revelará como completamente inútil y las diferencias, incluso las incompatibili-

dades entre los dos pasajes, no dirán nada en favor de la unidad de los dos libros.

Sin embargo, tomar en consideración el contexto propio de estos dos relatos conduce a superar esta primera impresión y a ver en esta especie de efecto de «entejar», por el contrario, la señal del talento de escritor de Lucas. El conjunto de Lc-Hch funciona, en realidad, como un díptico, en el que cada uno de los dos volúmenes gira en torno al relato de la ascensión de Jesús y, lejos de tener que atribuirlo a un descuido en su redacción o a fuentes diferentes, la función de «gozne» entre los dos volúmenes concedido a este episodio hace que aparezca el particular cuidado con que Lucas ha encadenado las dos historias.

La disposición sinóptica de estos dos relatos hace aflorar los elementos que les son comunes y las diferencias que les oponen.

Elementos comunes

- Están presentes los mismos personajes: Jesús y los Once.
- Se trata de la última aparición de Jesús a sus discípulos.
- Se encarga a los discípulos una misma misión de testimonio.
- La invitación a esperar el cumplimiento de la «promesa del Padre».

Diferencias

- En el nivel de la cronología: Jesús se aparece a sus discípulos la tarde de Pascua en Lc 24 / se les aparece durante 40 días según los Hechos.

LOS DOS RELATOS DE LA ASCENSIÓN

Lc 24,36.48-53

Estaban hablando de ello, cuando el mismo Jesús se presentó en medio y les dijo (v. 36).

Vosotros sois testigos de estas cosas. Por mi parte, os voy a enviar el don prometido por mi Padre. Vosotros quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto (vv. 48-49).

Después los llevó fuera de la ciudad hasta un lugar cercano a Betania y, alzando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo (vv. 50-51).

Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría. Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios (vv. 52-23).

Hch 1,3-14

Después de su pasión, Jesús se les presentó con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios (v. 3).

Un día, mientras comían juntos, les ordenó: No salgáis de Jerusalén; aguardad más bien la promesa que os hice de parte del Padre; porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días (vv. 4-5).

Los que lo acompañaban le preguntaron: Señor, ¿vas a restablecer ahora el Reino de Israel? Él les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder. Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra (vv. 6-8).

Después de decir esto, lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista. Mientras estaban mirando atentamente al cielo viendo cómo se marchaba, se acercaron dos hombres con vestidos blancos y les dijeron: Galileos, ¿por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que acaba de subir de vuestro lado al cielo, vendrá como lo habéis visto marcharse.

Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista tan sólo de Jerusalén lo que permite caminar en sábado (vv. 9-12).

Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban; eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el hijo de Alfeo, Simón el Zelota y Judas el hijo de Santiago.

Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María la madre de Jesús y con los hermanos de éste (vv. 13-14).

– En el nivel de los lugares: cerca de Betania / en el monte de los Olivos.

– Los discípulos vuelven alegres al Templo / suben a la habitación de arriba y rezan juntos.

– No hay diálogo entre Jesús y los discípulos en Lc 24, mientras que la mayor parte del pasaje de Hechos consiste en una pregunta y su respuesta.

– Se separó de ellos / subió al cielo.

– La nube y los hombres con vestiduras blancas están ausentes de Lc 24.

El efecto de la redundancia producido por la repetición de algunos elementos es evidente, pero ¿es tan inútil como se ha dicho? ¿No tendrá, por el contrario, el sentido de una explicitación del acontecimiento

para el lector? En efecto, el relato de Lc 24 es drásticamente sucinto y poco explícito (sobre todo si nos atenemos a la versión «corta» de algunos manuscritos¹¹ «Se separo de ellos») El comienzo de los Hechos, que vuelve sobre el episodio deteniéndose en él mas pausadamente, permite más bien ofrecerle al lector de forma retrospectiva un contenido mas rico

¿Cómo entender entonces que ese contenido presente tales diferencias? ¿No son estas la prueba de que nos las tenemos que ver con dos relatos independientes que no han bebido en las mismas fuentes de la tradición? ¿Verdaderamente pueden ser integradas por el lector en el marco del relato precedente? Antes de decidirnos sobre el tema, hay que situar ambos episodios en su propio contexto, respectivamente el final de un relato y la apertura de otro

En primer lugar, hay que tener en cuenta la intención narrativa de Lucas al final del evangelio, la aparición de Jesús a sus discípulos, aun trastornados por los acontecimientos de la pasión, les permite entender el sentido de estos acontecimientos y establecer una relación entre la crucifixión y la exaltación de Jesús Sugiriendo el momento de la ascensión, que inicia la continuación de la historia, el relato no se detiene en ella y deja en un primer plano los indicios de clausura de la historia Asimismo, lo que primero se subraya en las últimas líneas del evangelio es la resurrección de Jesús Por el contrario, en los Hechos, el episodio es utilizado como apertura de lo que sigue y, por eso, desarrollado más ampliamente

En segundo lugar, hay que entender el sentido de los datos de cada uno de los dos relatos en funcion

de su propio contexto Así, para la mención de las apariciones de Jesús durante «cuarenta días» el lector lucano, del que frecuentemente se solicita su memoria bíblica, no puede ignorar la dimensión simbólica del número 40 Los dos relatos refieren el hecho de que Jesús se apareció a sus discípulos después de su resurrección, abriéndoles las Escrituras y proporcionándoles la clave de interpretación de acontecimientos que hasta entonces resultaban incomprendibles para ellos, decir que se les apareció durante «cuarenta días» es una forma simbólica de hacer entender al lector que los discípulos, al comienzo de los Hechos, después de ese largo tiempo de enseñanza recibida de Cristo, son ahora capaces de dar testimonio de su resurrección y de la Buena Noticia que ella significa

¿Qué hay de las diferencias de lugar? ¿Acaso no adquieren en cada uno de los dos volúmenes un valor simbólico? De Betania partió Jesús en el episodio de la entrada triunfal en Jerusalén, en Lc 19,29-40 Con la elección de este mismo marco en el capítulo 24, Lucas asocia estas dos escenas a la de la entrada triunfal le responde la de la salida triunfal En los Hechos, por el contrario, la elección del monte de los Olivos hace que actúe otra asociación el monte de los Olivos es el lugar donde, en varias ocasiones (Lc 21,37, 22,39), Jesús se retira para orar Es allí donde, según la visión del profeta Ezequiel, «la gloria del Señor se elevó en medio de la ciudad y fue a posarse sobre el monte oriental de la ciudad» (Ez 11,23) Ahora bien, los discípulos también se retiran a la habitación de arriba para orar El lector recibe ahí una nueva confirmación de que están dispuestos a ser los testigos del evangelio

Que el final del evangelio tenga lugar en silencio, sin diálogo entre Jesús y sus discípulos, cuadra perfectamente con una escena de clausura que apunta a

11 El final del v 51 «Y fue llevado al cielo», falta en algunos manuscritos antiguos

crear una distancia entre el lector y el mundo del relato. En cambio, el diálogo entre Jesús y sus apóstoles, al comienzo de Hechos, permite anticipar el relato de muchas formas, siendo el ejemplo más citado a este respecto las palabras de Jesús como anuncio del plan de conjunto del libro: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8)

Por último, la presencia de los dos hombres con vestiduras blancas (Hch 1,10-11) no puede dejar de recordar la escena de la transfiguración (Lc 9,28-36) y la del sepulcro vacío (Lc 24,1-12) La glorificación de

Jesús, subrayada por su testimonio, se convierte en el tema principal de esta apertura del libro de los Hechos, en una innegable continuidad con el relato del evangelio.

Que éste acabe con una referencia implícita a la ascensión, mientras que los Hechos se inician con una descripción enormemente explícita de la escena, es señal, por tanto, de razones literarias puestas al servicio del conjunto del proyecto narrativo de Lucas. La forma en que ha encadenado sus dos relatos aboga fuertemente en favor de la unidad de la composición del conjunto.

3. El comienzo y el final de la historia: Lc 1-4 y Hch 28¹²

El final de los Hechos a menudo se juzga insatisfactorio por varias razones. Por una parte, es al menos curioso que después del relato del proceso de Pablo en Jerusalén y en Cesarea no se diga nada de la comparecencia de Pablo ante el emperador ni de las circunstancias de su muerte. Por otra, aunque Pablo puede predicar el evangelio en Roma «sin obstáculo alguno» (Hch 28,31), sin embargo el gran viajero misionero que era ha perdido su libertad de movimiento y, evidentemente, no es el fundador de la Iglesia romana. La vigorosa advertencia con que concluye la escena subraya más el conflicto dentro de la comunidad que su predicación misionera.

Este final adquiere otra dimensión si consideramos la hipótesis de que, en realidad, es la conclusión del conjunto de Lc-Hch, y que, en sus elementos esenciales, retoma de forma conclusiva lo que se encontraba en forma de anuncio en los capítulos 1-4 del evangelio, capítulos que forman una especie de prólogo teológico antes del relato propiamente dicho del ministerio de Jesús (cf. recuadro de p. 24).

Lc-Hch, UNA HISTORIA QUE SE DESARROLLA EN EL IMPERIO ROMANO

Ciertamente, Roma no es el lugar donde comienza el relato ni donde se desarrolla. Solo es en Hch 27 donde claramente se señala la partida hacia este nuevo destino. La larga descripción de la tempestad, la

12 Según L. A. ALEXANDER, «Reading Luke-Acts from Back to Front», en J. VERHEYDEN (ed.), *The Unity of Luke-Acts* (Louvain, University Press, 1999) 419-446



1. ESTRUCTURA DEL EVANGELIO DE LUCAS

Lc 1,1-4

Prólogo

Lc 1,5-4,13

Prólogo: el tiempo del Mesías: Juan Bautista y Jesús

1,5-2,52

nacimiento e infancia de Juan Bautista y de Jesús

3,1-4,13

ministerio de Juan Bautista, preparación del ministerio de Jesús

Lc 4,14-44: programa de la misión de Jesús

Lc 5,1-9,50

ministerio de Jesús en Galilea

5,1-6,11

signos y controversias

6,12-49

enseñanza de Jesús a sus discípulos

7,1-50

reconocer a Jesús como profeta

8,1-56

entender y comprender la Buena Noticia del Reino

9,1-50

revelación de la identidad de Jesús: transfiguración y anuncio de la pasión; incomprensión de los discípulos

Lc 9,51-19,44

subida de Jesús a Jerusalén

9,51-13,21

exigencias para ser discípulo de Jesús; confianza y vigilancia

13,22-17,10

la nueva economía del Reino

17,11-19,44

en las cercanías de Jerusalén: responder a la invitación del Reino

Lc 19,45-21,38

ministerio de Jesús en Jerusalén

Lc 22,1-23,56

pasión y muerte de Jesús

Lc 24,1-53

tiempo pascual

24,1-12

las mujeres en el sepulcro

24,13-35

aparición a los discípulos de Emaús

24,36-53

aparición a los Once y ascensión

2. ESTRUCTURA DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

1,1-3

Prólogo

1,4-2,41

de la resurrección de Cristo al acontecimiento de Pentecostés

2,42-8,1a: Misión de los apóstoles en Jerusalén

SUMARIOS

ARRESTO

COMPARECENCIA
ANTE EL SANEDRÍN

DESENLACE

(señalan el crecimiento
de la comunidad)

2,42-47

4,1-4

4,5-22

4,23-31

(3,1-26: curación de un parálítico en el Templo)

4,32-35

(4,36-5,11: Bernabé; Ananías y Safira)

5,12-16

5,17-18

5,27-39

5,19-26.40-41

5,42

6,7-8

(6,1-6 institución de los Siete)

6,9-11

6,12-7,53

7,54-8,1a
(lapidación de Esteban)

8,1b-14,28: Apertura de la misión a los samaritanos y a los paganos

Una cadena de conversiones

- 8,1-40 predicación de Felipe en Samaría, conversiones de Simón el Mago y del eunuco
- 9,1-30 conversión de Saulo en el camino de Damasco
- 9,31 *sumario crecimiento de la Iglesia en Judea, Galilea y Samaría*
- 9,32-11,18 dos milagros de Pedro, conversión del centurión Cornelio

Nacimiento de la comunidad de Antioquía

- 11,19-30 fundación, colecta en favor de Jerusalén
- 12,1-23 persecución de Herodes en Jerusalén muerte de Santiago, liberación de Pedro, muerte de Herodes
- 12,24 *sumario crecimiento de la Palabra de Dios*

1ª viaje misionero de Pablo y Bernabé: de Antioquía a Antioquía

- 13,1-12 predicación en Chipre, conversión del procónsul Sergio Pablo
- 13,13-52 Pablo en Antioquia de Pisidia, discurso a los judíos en la sinagoga
- 14,1-28 Iconio, Listra (curación de un paralítico), regreso a Antioquía

15,1-35: LA ASAMBLEA DE JERUSALÉN

15,36-28,28: Viajes y pasión de Pablo

- 15,36-19,19 *viajes misioneros de Pablo* a Macedonia, Acaya (Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto), estancia en Éfeso
- 19,20 *sumario crecimiento de la Palabra*
- 19,21-28,15 *pasión de Pablo*
- 19,21-21,16 subida a Jerusalén
- 21,17-23,11 arresto y defensa ante los judíos
- 23,12-28,15 de Cesarea a Roma
- 28,16-28 *Pablo en Roma*
- 28,30-31 *sumario dos años de Pablo en Roma*

mención de las peripecias de la travesía, así como la de los detalles del itinerario y sus etapas, contribuyen a ralentizar el ritmo y a crear una tensión en el relato. La llegada a Roma, que señala el final de todas estas

aventuras, adquiere de esta manera un relieve particular al término de un relato centrado hasta entonces en Jerusalén.

Por eso los dos últimos capítulos de los Hechos parecen algo apartados del resto del relato. Es como si Lucas quisiera indicar que este final era inesperado para Pablo, que no respondía al curso previsible de los acontecimientos, sino más bien al plan de Dios. El lector ya tuvo dos indicios de ello en Hch 19,21 (Pablo toma «en el Espíritu» la decisión de ir a Roma) y en 23,11 (el propio Señor se presenta a Pablo durante la noche para animarlo «Tienes que dar testimonio de mí en Roma»). ¿Es preciso pensar que, para Lucas, Roma es el «confín de la tierra» y que la llegada a la capital del Imperio representa el cumplimiento de la misión confiada por Jesús en Hch 1,8? En este caso, sería difícil establecer una relación entre el comienzo del evangelio y, por otra parte, parecería más lógico ver en Roma el centro de la tierra, la Ciudad en la que se encuentra un mojón de donde irradian todos los caminos del Imperio.

Ahora bien, es precisamente el Imperio romano y su irradiación los que son puestos por delante en los primeros capítulos del evangelio, en los que se citan dos emperadores reinantes: César Augusto en Lc 2,1, a propósito de la promulgación de un edicto de empadronamiento y de las circunstancias del nacimiento de Jesús, y Tiberio en Lc 3,1-2, con la adición de la mención de las autoridades jerárquicas que dominan Palestina «El año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la región Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene, en tiempos de los jefes de los sacerdotes Anas y Cafas.» Siendo la venida de la Palabra de Dios, dirigida a Juan en el desierto, el acontecimiento solemnizado de esta manera mediante estas referencias oficiales, se percibe que lo que, al comienzo del relato, concierne a Jesús —sea como fuere el acontecimiento de su nacimiento

o el anuncio de su llegada por Juan Bautista— es situado por Lucas en un marco imperial, como si quisiera decir con eso que el plan de salvación de Dios no cae fuera de la historia de los hombres, sino que, muy al contrario, se une a su propia universalidad, fuertemente simbolizada por el poder romano. Al final de los Hechos, la presencia de Pablo en Roma proclamando la resurrección de Cristo tiene relación en el relato con la llegada del Salvador a un mundo sometido al poder imperial: la historia narrada por Lucas se desarrolla en el marco del Imperio romano. El comienzo y el final de su relato lo establecen claramente.

Lc-Hch, HISTORIA DE UN CONFLICTO CON ISRAEL

La comunidad judía dividida, y no la ciudad de Roma, es la que está en el centro de la escena final de los Hechos. Pablo intenta por última vez convencer a su auditorio, pero no obtiene más que división de opiniones. En este sentido, la mención del desacuerdo que persiste entre ellos será la última palabra del relato «Unos se dejaban persuadir por su palabra, otros, en cambio, seguían sin creer» (Hch 28,24). Por otra parte, según el esquema habitual de los viajes misioneros de Pablo, la cuestión de la predicación a los paganos, incluso aquí, está considerada después de que la predicación a la comunidad judía suscitara reacciones de hostilidad que obligaron a Pablo a detenerse. Así es como, una vez más, ante el rechazo por parte de sus hermanos judíos para escucharlo, Pablo anuncia que proseguirá su misión yendo a los paganos «Sabed, pues, que esta salvación de Dios ha sido ofrecida a los paganos, ellos si la escucharan» (Hch 28,28).

Ahora bien, los primeros capítulos del evangelio ya contienen el anuncio de que aquel que va a venir a proclamar la Palabra de Dios y su ofrecimiento de salvación para todos los hombres no será bien recibido por su pueblo. Este anuncio aparece, en primer lugar, en las palabras proféticas de Simeón reconociendo en este niño el cumplimiento de las promesas de Dios («tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos») advierte que el sufrimiento de María y el conflicto en la comunidad de Israel acompañaran la proclamación de la salvación «Este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón» (2,34-35). Más allá, durante la predicación de Juan Bautista, parece manifestarse una cierta contestación, que Juan Bautista denuncia con vigor «Raza de víboras () no andéis diciendo 'Somos descendientes de Abrahán'» (3,7-8), después, durante la predicación de Jesús en Nazaret, las reacciones de rechazo y de hostilidad estallan en el

mismo momento en que Jesús, con la mención del ministerio de los profetas Elías y Eliseo, advierte a sus conciudadanos de Nazaret que los paganos forman parte igualmente de aquellos a los que debe anunciar la Buena Nueva «Muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías () sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, en la región de Sidón» (4,25-26)

Observemos, finalmente, que de los 4 empleos en el Nuevo Testamento de la palabra «salvación» (*soterion*), 3 se encuentran en Lc-Hch, en pasajes en que la revelación de la salvación a todos los hombres, incluidos los paganos, es presentada como una causa de conflicto con el pueblo de Israel (Lc 2,30, 3,6; Hch 28,28). En los otros pasajes de Hechos donde se trata de la salvación (Hch 4,12, 7,25, 13,47, 16,17, 27,34), Lucas utiliza un sinónimo (*soteria*). Por tanto, la relación que establece sobre este punto particular entre el comienzo y el final de su relato es manifiesto

LA RELACIÓN JUDAÍSMO / CRISTIANISMO EN Lc-Hch¹

El problema de la relación cristianismo / judaísmo en la obra de Lucas se plantea con particular agudeza porque se pregunta más ampliamente por la imagen del judaísmo que transmiten los textos del Nuevo Testamento. El asunto es importante ¿está fundamentada la sospecha de antijudaísmo vertida sobre estos textos y cómo pudo nacer esta misma sospecha?

Delimitar esta imagen del judaísmo en la obra de Lucas no es tarea fácil. La falta de consenso a este respecto es buena prueba de ello. En particular, la escena final del libro de los

Hechos es interpretada en direcciones muy diferentes, incluso contradictorias. Un primer tipo de lectura valora que Pablo, al constatar el carácter definitivo del rechazo de los judíos para acoger su mensaje, declara entonces solemnemente el final de la misión entre los judíos y la continuación de la predicación cristiana con destino exclusivo a los paganos. Leída desde esta perspectiva, la obra de Lucas se convierte en la historia del fracaso de la predicación de Jesús, y después de la de los apóstoles, entre los judíos, el rechazo de Israel, que implica su exclusión de la historia de la salvación, aparece como la causa del ofrecimiento de la salvación a los paganos y, después de la ruptura caecida entre el judaísmo y el cristianismo, la Iglesia se constituye en el «nuevo Israel».

En oposición a esta lectura (llamada a veces «teología de la sustitución»), que hoy tiene graves consecuencias en el diálogo

¹ Cf. D. MARGUERAT, «Juifs et chrétiens selon Lc Ac», en *La déclaration Juifs et chrétiens au I^{er} siècle* (Genebra, Labor et Fides, 1996) 151-178. Cf. también el *Cuaderno Bíblico* n° 108 ¿Es antijudio el Nuevo Testamento? pp. 24-36.

judaísmo / cristianismo, en las vigorosas palabras del Apostol se puede interpretar, en lugar de una condena definitiva, una simple constatación de fracaso provisional que no anula el futuro El esquema desarrollado a lo largo de los viajes misioneros de Pablo, incluido hasta Roma (predicación en la sinagoga –aceptación de unos, rechazo de otros– continuación de la misión entre los paganos), no queda invalidado por el final de la historia, como tampoco lo es el oráculo de Simeón (Lc 2,30-32), según el cual la gloria de Israel consistirá precisamente en traer la luz del reinado de Dios a los paganos Ahora bien, si el relato de Lucas dice claramente que una parte de los judíos rechazó acoger la predicación cristiana, subraya igualmente que otra la aceptó, permitiendo así el cumplimiento del proyecto de salvación de Dios para Israel y para todos los pueblos Por tanto, es la conversión de una parte del pueblo, y no el rechazo de Israel, la que está en el origen de la entrada de los paganos a la fe, la Iglesia es la continuación del antiguo Israel, que sigue siendo el primer destinatario de las promesas de Dios

D Marguerat ha mostrado que estas dos lecturas contradictorias son reveladoras de una tensión propia del mismo texto lucano. una tensión que es constitutiva de la imagen del judaísmo en Lucas En efecto, por un lado, es una línea de continuidad entre el judaísmo y el cristianismo la que traza el texto, una continuidad que incluso los enfrentamientos más duros con la Sinagoga no pueden romper Jesús, y después Pablo, rechazados por los suyos, conocen un destino semejante al de todos los profetas enviados por Dios a Israel Ahora bien, aunque pertenece al destino del profeta el hecho de ser rechazado por los suyos, el pro

Por tanto, el tema del conflicto con una parte de Israel provocado por la proclamación de la salvación, opuesto a la aceptación de los paganos, está muy presente en el comienzo del relato Sobre este punto, igualmente, Hch 28 aporta una conclusión al conjunto de los dos volúmenes, haciendo de la profecía de Simeón la prefiguración de la predicación a los paganos Por otra parte, hay que señalar que esta profecía no contiene la predicción del rechazo final de Israel. Así pues, la escena final de los Hechos no debe ser

feta no declara que Dios haya abandonado a su pueblo ni Jesús ni Pablo lo hacen Del mismo modo, en la Escritura es donde está arraigado el carácter universal de la salvación y donde la misión pagana encuentra su justificación (la seguridad y la perseverancia de las que Pablo da muestras en toda su actividad misionera sacan su fuerza de esta certeza) el ofrecimiento hecho a los paganos no reemplaza las promesas hechas a Israel Por consiguiente, incluso aunque, paradójicamente, es el rechazo judío de la misión cristiana el que la ha puesto en marcha en la historia, es la confirmación del cumplimiento de las promesas hechas a Israel la que significa la apertura de la fe a los paganos

Sin embargo, por otro lado, no se pueden negar los signos de discontinuidad la palabra de Jesús, y después el testimonio de los apóstoles, encuentran una creciente hostilidad y, al término del relato, se ha consumado la ruptura entre el cristianismo y la Sinagoga Aunque la masa del pueblo comienza por diferenciarse de las autoridades religiosas, acaba por unírseles y volverse contra Jesús, de igual manera, en los Hechos, la actitud de la multitud experimenta un cambio total entre el momento en que protege a los apóstoles del furor del sanedrín (Hch 4,21) y el instante en que quiere la muerte de Pablo (Hch 22,22)

La propia identidad del cristianismo se expresa en esta tensión no resuelta por el relato Lucas presenta la visión de un cristianismo que nace de un desgarramiento en el seno del pueblo judío, pero que sabe que sus raíces se encuentran en la historia de Israel y en sus Escrituras A pesar de las rupturas de la historia, en la visión de Lucas judíos y cristianos mantienen su lugar en el proyecto de Dios

endurecida en este sentido, sino interpretada mas bien como la recapitulación de la contestación procedente de Israel con respecto a aquel que habría debido reconocer como a su Mesías

«SEGÚN LO HABÍA ESCRITO EL PROFETA ISAÍAS»

No es menos cierto que el fracaso de la predicación de Pablo en Roma adquiere un carácter definiti-

vo, en la medida en que lo presenta como el cumplimiento de la profecía de Isaías 6,9-10 «Ve a este pueblo y díles ‘Oiréis, pero no entenderéis, mirareis, pero no veréis’ Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han endurecido sus oídos para no ver con sus ojos ni oír con sus oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse, para que yo los sane» (Hch 28,26-27) Parece que, para Lucas (y también para los otros evangelistas), este texto haya funcionado como una clave de interpretación del rechazo del Evangelio por una parte de Israel. En efecto, antes de esta escena final de los Hechos ya lo cita al comienzo del evangelio, en forma muy breve¹³, durante la explicación de la parábola del sembrador que Jesús ofrece a sus discípulos (Lc 8,10), igualmente en un contexto de controversia con Israel. Que haya querido reservar así para el final de su relato la cita en su integridad, dándole semejante relieve, es significativo de la importancia, en el conjunto de su obra, de la relectura que hace de las profecías de Isaías para *iluminar este tema*

El anuncio de una salvación a todos los pueblos y la apertura de la fe a los paganos forman parte igualmente de la Buena Nueva profetizada por Isaías, y el relato de Lucas subraya en varias ocasiones, en los primeros capítulos del evangelio, el cumplimiento de las palabras del profeta. En Lc 3,4-6, la cita de Is 40,3-5 que introduce la predicación de Juan Bautista termina con el versículo «Y todos verán la salvación de Dios»

El hecho de que Lucas añada este versículo

¹³ Contrariamente a Mc 4,12 y Mt 13,14-15, que lo citan de forma más extensa

(ausente en Mc 1,2-3) confirma lo que ya afirmaba la profecía de Simeón (Lc 2,30-32) la promesa de salvación tiene un carácter universal y no está reservada a Israel. Del mismo modo, en Lc 4,18-19 es otra cita de Isaías (61,1) la que proporciona al lector la clave para comprender que ha llegado el tiempo del cumplimiento de esta promesa. Jesús es aquel que anuncia la profecía de Isaías, aquel que el Señor envía con la misión de liberar a todos los que sufren

Finalmente, citando Is 49,6 en Hch 13,47 es como Pablo define su misión, tal como la ha recibido de Cristo «Te convierto en luz de las naciones para que mi salvación llegue hasta los confines de la tierra» En Hch 26,18, la expresión «luz de las naciones» se asocia a la de «para que abras los ojos», asociación deducida de Is 42,7 «Hice de ti () luz de las naciones, [te he destinado] para abrir los ojos de los ciegos» Ahora bien, en el cántico de Simeón ya se encuentran las expresiones «mis ojos han visto a tu Salvador» y «como luz para iluminar a las naciones» Releído así por estas dos citas, el pasaje de Is 6,9-10 citado al final de los Hechos quiere decir, con una cierta solemnidad, que es posible tener «ojos» y no «ver» La relectura que hace Lucas de las profecías de Isaías adquiere aquí una tonalidad trágica

Por tanto, es a la luz de las profecías de Isaías como las respectivas misiones de Juan Bautista, de Jesús y de Pablo son interpretadas por Lucas. De este hecho resulta la continuidad que existe en el conjunto del relato lucano entre la proclamación de Juan Bautista, el ministerio de Jesús y la predicación de Pablo en Roma. todos dan testimonio del cumplimiento de la promesa de Dios y de la salvación ofrecida a todos los pueblos

Lc-Hch, LA HISTORIA DE LOS MENSAJEROS DE LA PALABRA

En Hch 28,23.31 se precisa que la predicación de Pablo se refiere a Jesús y al «Reino (*basileia*) de Dios». Que Lucas detalle así el contenido de la predicación de Pablo le permite subrayar la continuidad de su predicación con la de Jesús y los apóstoles de Jerusalén. En efecto, la expresión «anunciar el Reino de Dios», en 28,31, que recuerda el sumario que hace el propio Pablo de su actividad en 20,25: «Entre quienes pasé anunciando el Reino de Dios», evoca para el lector tanto la actividad del propio Jesús: «Jesús caminaba por pueblos y aldeas predicando y anunciando el Reino (*basileia*) de Dios» (Lc 8,1), como las directrices dadas por Jesús a los apóstoles en el evangelio: «Los envié a predicar el Reino de Dios» (Lc 9,2). La expresión recuerda también la proclamación de Juan Bautista: «Y fue (...) predicando que se convirtieran y se bautizaran» (Lc 3,3).

De la misma manera, en 28,31 el verbo «enseñar» (*didasko*) se hace eco no sólo de la actividad de Pablo en el contexto de una iglesia o una sinagoga, sino también de la de Jesús y los apóstoles de Jerusalén (Lc 4,15.31; 5,3.17; 6,6; 13,10.22.26; 20,1).

Ciertamente es posible considerar Lc-Hch como un díptico, cuyo eje lo constituye el relato de la ascensión, estando el evangelio centrado en Jesús y los Hechos en los apóstoles. Esto es así a condición, sin embargo, de no olvidar que la iluminación de los Hechos sobre la persona que proclama el Reino se produce de muchas formas al comienzo del evangelio, en particular mediante la función atribuida a Juan Bautista. Por otra parte, este último no es el único personaje profético: Zacarías, Isabel, Simeón y Ana anuncian con él el testimonio de Jesús, que es el principal suje-

to de los Hechos y que recibe un último testimonio en la escena final de los Hechos. La luz que se dirige sobre los mensajeros más que sobre el mensaje es indicada de hecho por Lucas en el prólogo del evangelio, en Lc 1,1-4: de entrada Lucas hace que la atención se dirija sobre el marco de la historia de Jesús tanto como sobre la historia misma.

CONCLUSIÓN

Por tanto, Lc 1-4 y el final del libro de los Hechos constituyen un marco narrativo coherente para el conjunto de Lc-Hch, bajo la forma de un prólogo y un epílogo que presentan los temas esenciales de la obra.

Este marco es perceptible retrospectivamente. Sólo es a partir del final cuando se puede comprender plenamente todo lo que implicaba el comienzo: «El prólogo y la continuación de la narración mantienen una relación dinámica y siempre deben ser releídos conjuntamente. Este sistema de remisión parece suponer una importante dimensión estratégica. Invita al lector o a la lectora, en una segunda lectura del texto, a prestar una gran atención al juego de ecos y de anuncios implícitos que se pueden percibir entre el prólogo y el cuerpo del relato e invita a la interpretación»¹⁴.

Este marco narrativo es el lugar de un relato teológico que subraya la tensión entre las grandes esperanzas del comienzo de la historia y la tragedia de la conclusión.

14. A. STEINER, «Le lien entre le prologue et le récit de l'Évangile de Marc», en Colloque de Sciences Bibliques «Bible et Intertextualité», Manchester-Lausanne, mayo 1998, p. 10.

Propone una historia cuyo fin esta abierto a un mundo donde incluso las palabras de los apóstoles son objeto de duda y de debate. Con su prólogo, en cambio, Lucas ofrece una entrada en el mundo del relato cuidadosamente construida, un mundo donde los profetas y los ángeles están siempre dispuestos a indicar el sen-

tido del encuentro con Jesús. Su epílogo sugiere que se ha tenido el mismo esmero en preparar el viaje de regreso al mundo de todos los días, un mundo donde los profetas y los ángeles han vuelto a un pasado mítico, pero donde la tarea de enseñanza y de predicación continúa «sin obstáculo alguno» (Hch 28,31)

4. El texto-programa de Lc-Hch (Lc 4,16-44)

SITUACIÓN DE ESTE PASAJE EN EL EVANGELIO

El paralelismo entre Juan Bautista y Jesús, que caracterizaba la composición de los dos primeros capítulos, se prolonga en los capítulos 3 y 4 y encuentra su desenlace en este último episodio (4,16-44). Al relato del ministerio de Juan Bautista en 3,1-20, desde la vocación del profeta hasta su arresto por Herodes, va a responder el del ministerio de Jesús, en 4,14-44. Entre los dos, el episodio del bautismo de Jesús (3,21-22), su genealogía (3,23-38) y el episodio de las tentaciones en el desierto (4,1-13) tienen como función, por una parte, señalar claramente la separación entre los dos ministerios (el de Jesús comienza cuando Juan Bautista ha cumplido su misión de precursor), por otra, introducir a la novedad de la misión confiada a Jesús. De entrada, esta misión está situada bajo el signo de la venida del Espíritu. Jesús lo recibe durante su bautismo (3,22) y es conducido por él al desierto (4,1). Igualmente, «con el poder del Espíritu» es como inaugura su ministerio

en Galilea (4,14). La voz que procede del cielo diciendo «tú eres mi hijo» (3,22), la mención de «Hijo de Dios» con que termina la genealogía (3,38) y el doble «si eres Hijo de Dios» (4,3-9) recuerdan al lector, con una cierta insistencia, lo que los relatos de la infancia le han enseñado sobre la verdadera identidad de Jesús.

Aunque narren dos escenas diferentes, situadas una en Nazaret (vv. 16-30) y la otra en Cafarnaún (vv. 31-41), los vv. 14-44 constituyen una sola unidad literaria, indicada claramente por los dos sumarios que la enmarcan (4,14-15 y 4,44), cosa que subrayan las indicaciones de lugar que se hacen eco mutuamente: «Jesús regreso a Galilea» (v. 14), «e iba predicando por las sinagogas de Judea» (Lucas emplea el término «Judea» en el sentido de «país de los judíos»). Encontramos igualmente reunidos en estos dos sumarios los verbos reservados por Lucas para caracterizar la actividad de Jesús: «enseñar» (*didasko*, que aparece por primera vez en el relato en el v. 15), «anunciar la buena nueva» (*evangelizomai*) y «proclamar» (*kerysso*), que retoman los dos verbos clave de la cita de Isaías en 4,18-19, en los vv. 43-44.

En el relato de Lucas, los dos episodios de Nazaret y de Cafarnaún abren la sección dedicada al ministerio de Jesús en Galilea. Por tanto, señalan los «comienzos de Jesús en Galilea», que inauguran una larga sucesión de relatos que narran sus palabras y sus gestos. Sin embargo, situado en el punto de unión entre conjunto de los capítulos 1-4 (que podemos considerar como el «prólogo teológico» del evangelio) y el relato del ministerio de Jesús propiamente dicho (marcado por la llamada de los primeros discípulos en 5,1-11), este pasaje reviste un significado particular y es casi unánimemente considerado como un «texto-programa», no solamente para la continuación del evangelio, sino también para el relato de los Hechos. Una lectura atenta del texto puede poner de relieve el carácter particular de este primer episodio y el papel específico que desempeña en el conjunto del relato lucano.

Jesús en Nazaret (Lc 4,16-30)

Las indicaciones de lugar y de tiempo (v 16) señalan de entrada el marco particular de la escena al insistir en su significado con relación a Jesús, que vuelve allí «donde se había criado» y entra «según su costumbre» en la sinagoga en día de sábado. Jesús está en su casa, en su «patria» (v 23) y, para los habitantes de Nazaret, es uno de los suyos, «el hijo de José» (v. 22). Éste es el trasfondo de los acontecimientos que van a seguir.

La disposición concentrica de los vv 16-21 llama la atención sobre la posición central de la cita de Isaías en los vv 18-19, de la que ofrecemos una traducción literal:

	<u>vv 16-17</u>		<u>v 20a</u>
a.	Y se levantó a leer		a' Y se sentó
b.	Le fue dado el libro		b' Devolviéndolo al ayudante
c.	Desenrollándolo		c' Enrolló el libro

vv 18-19 (Is 61,1-2, 58,6)

El Espíritu del Señor está sobre **mí**
 por lo cual **me** ungió
 para anunciar la buena nueva a los **POBRES**,
me ha enviado
 a *proclamar la liberación* a los **CAUTIVOS**
 y dar la vista a los **CIEGOS**,
para remitir a los **OPRIMIDOS en libertad** (Is 58,6)
 y a *proclamar un año de gracia del Señor*

Según la puntuación que se adopte, el comienzo de la cita se puede construir de dos formas: o bien la misión de anunciar la buena nueva a los pobres está directamente relacionada con el hecho de conferir la unción y, en este caso, el verbo «me ha enviado» rige la continuación de la frase, o bien el anuncio de esta buena nueva está unido no a la unción, sino al envío: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres». El recuerdo que hace Jesús de la cita de Isaías en 4,43 para designar la finalidad de su misión y a aquellos a los que ha sido enviado habla en favor de la segunda solución: Jesús se sabe enviado para anunciar la buena nueva.

El contenido de esta buena nueva es precisado después por los dos verbos «proclamar» y «remitir». El primero retoma la idea del anuncio contenido en «anunciar la buena nueva», mientras que el segundo se hace eco del verbo «enviar»: el Mesías es enviado a anunciar la buena nueva para que a los oprimidos sean remitidos libres. La proclamación se acompaña por la realización del anuncio.

Sus destinatarios son los «pobres», los «cautivos», los «ciegos» y los «oprimidos». Ya sea que el término «pobres» englobe a las tres categorías nombradas a continuación o bien constituya una aparte, hay que tomar todos estos términos a la vez en sentido propio y en sentido metafórico. En Isaías, los «cautivos» designan, en primer lugar, a los prisioneros de guerra, sin que se excluya el sentido figurado; en Lucas, como lo mostrará la continuación del ministerio de Jesús, están representados por los que están económicamente oprimidos, los que están esclavizados a

causa de las deudas y los que son presa de diferentes trastornos físicos y mentales (incluidos los ocasionados por la posesión del demonio, como una esclavitud a Satanás).

El término «liberación» se repite dos veces; hay que señalar la correspondencia «proclamar la liberación» / «remitir en libertad», que destaca la proclamación de la devolución de la vista a los ciegos por su posición central. Este término de «liberación» (*áfesis*, literalmente «acción de quitar») tiene dos posibles sentidos: «liberación» y «perdón». En el contexto de la profecía de Isaías se trata de ser liberado del yugo del enemigo. En Lucas, fuera de este pasaje, la palabra no aparece más que en la expresión «perdón de los pecados» (cf. Lc 24,47; Hch 2,38; 5,31; 10,43; 13,38; 26,18). La proclamación de la liberación es seguida inmediatamente por la de la devolución de la vista a los ciegos. Este tema de los ciegos que ven de nuevo es frecuente en Isaías, el cual emplea la expresión en sentido metafórico: el Mesías enviado por Dios será como una luz que verán todos los pueblos y gracias a la cual, al pasar de la oscuridad a la claridad —de la misma manera que los ciegos recobran la vista—, percibirán la revelación divina (cf. Is 9,1; 42,6.16; 59,9; etc.).

Según Lv 25,10-13, el año de gracia designa el año jubilar, fijado por la ley cada cincuenta años: «Proclamaréis la liberación para todos los habitantes del país. Será para vosotros año jubilar» (de *yobel*, el cuerno de carnero cuyo sonido ritual indicaba la entrada en un año consagrado a Dios, a la reconciliación y al descanso). ¿Conocía Lucas la relación entre Is 61,1-2 y la ley del jubileo? ¿Acaso por eso completó la cita de Is 61,1-2 hasta: «Para proclamar un año de gracia del Señor»? Más bien parece vin-

cular el año de gracia del Señor a la venida del Reino de Dios (cf 4,43, donde Jesús declara que ha sido enviado para «anunciar la buena nueva del Reino de Dios»)

Los vv 20b-22 también están organizados en torno a la palabra de Jesús

20b: «Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él.

21 Y comenzó a decirles

22 Todos asentían y se admiraban »

De esta manera, la escena es descrita desde el exterior, sin que dé la impresión de que el narrador interviene. Deja que las palabras de Jesús ofrezcan su interpretación. «Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar»

El lector, que desde la escena del bautismo sabe que el Espíritu de Dios acompaña a Jesús, entiende que el texto de Isaías habla de Jesús, y que éste, al recibir de la Escritura el sentido de su misión, hace de ella por primera vez su revelación pública. Puesto que ha recibido la información necesaria, el lector entiende que en Jesús se ha cumplido la Escritura, es decir, que las promesas de Dios se hacen plenamente realidad. No ocurre lo mismo con los habitantes de Nazaret. Para ellos, la relación sólo se puede establecer cuando Jesús comienza a hablar. Es el comentario que hace del texto de Isaías el que les ofrece su sentido y provoca su reacción.

La manera en que el texto narra esta reacción es susceptible de dos interpretaciones diferentes. En efecto, en la frase «Todos asentían y se sorprendían de las palabras que acababa de pronunciar. Comentaban ¿No es éste el hijo de José?» (v 22), el verbo «sorprenderse» puede tener, tanto en griego

(*thaumazo*) como en español, bien un valor positivo de admiración, bien un valor negativo de incredulidad. Aunque, llegado el caso, la continuación del relato puede aportar argumentos en favor de una connotación negativa (cf más abajo), el hecho de que el relato precise que Jesús llegó «donde se había criado» y que se comporte «según su costumbre» (v 16), y subraye así el marco familiar —a priori benevolente— en el que se encuentra Jesús, habla en favor de un sentido positivo del verbo: todos están admirados de que alguno de entre ellos sea capaz de tales palabras, tanto más cuanto que ciertamente el anuncio de la realización de una buena nueva para los pobres se correspondía con las expectativas de la comunidad.

Los vv 16-22 forman así un primer conjunto compuesto por dos partes construidas de manera semejante, mostrando la relación de cumplimiento entre la cita de Isaías y la persona de Jesús.

El encadenamiento de este primer conjunto con los vv 23-30, que constituyen un segundo conjunto, no deja de plantear dificultades. En efecto, ¿cómo comprender el cambio radical que parece llevarse a cabo en el relato a partir del v 23? ¿Por qué este discurso repentinamente polémico, con el que Jesús responde a la sorpresa de su auditorio (vv 23-27), no deja de provocar la cólera de los habitantes de Nazaret (vv 28-29)? ¿Por qué Jesús hace alusión a lo que sucedió en Cafarnaúm en el v 23, cuando el relato sólo mencionará su llegada a esa ciudad en 4,31? El lector se ve aquí obligado a llenar el «vacío» que deja el narrador en esta parte de su relato.

Aunque mantengamos una connotación positiva para el verbo «sorprenderse» (v 22), de la repentina reacción de Jesús podemos deducir que los habitantes de Nazaret, al considerarse como los beneficia-

rios inmediatos del cumplimiento de la profecía de Isaias, esperan de él que lleve a cabo entre ellos los milagros que ha anunciado («Seguramente me recordaráis el proverbio ‘Medico, curate a ti mismo’»), como ya ha hecho en Cafarnaún («Lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo también aquí, en tu pueblo») Anticipándose en cierto modo a su demanda de curaciones –y previendo su posterior cólera–, Jesús la rechaza y, tomando el ejemplo del ministerio de los profetas Elías y Eliseo, redefine para ellos como, por su misión, debe cumplirse la cita de Isaias La interpretación que ofrece de ella cambia todas sus expectativas el perdón de Dios es ofrecido igualmente a los paganos, el año de gracia del Señor es proclamado en primer lugar para los de fuera La purificación de Naamán el sirio y la comida compartida por Elías con la viuda de Sarepta dan testimonio de ello No se rechaza a Israel, sino que debe aceptar la entrada de los paganos en el pueblo de Dios

Hay que subrayar la importancia del v 24 «La verdad es que ningún profeta es bien acogido en su tierra» Al citar este aforismo, Jesús se designa a sí mismo indirectamente como profeta y pronuncia al mismo tiempo una palabra profética que se lleva a cabo sin tardar desde los vv 28-29 es rechazado por los habitantes de Nazaret, su tierra En todo este episodio, la talla de Jesús como profeta se impone al lector y, paradójicamente, el hecho mismo de que sea rechazado confirma la autenticidad de su vocación profética

La referencia anticipada a los acontecimientos de Cafarnaún puede comprenderse entonces desde esta perspectiva indicando también ella la palabra profética de Jesús –una palabra que desvela el sentido de los acontecimientos–, interviene en el relato antes de que los propios hechos hayan llegado a conocimiento

del lector Por esta razón, el episodio de la llegada de Jesús a Cafarnaún, que sigue inmediatamente, está estrechamente unido a la predicación de Jesús en Nazaret

Jesús en Cafarnaún (Lc 4,31-41)

La escena se sitúa un día de sábado, en la sinagoga, en el marco de la actividad de enseñanza de Jesús De esta manera, este nuevo episodio se pone en paralelo con el precedente Sin embargo, son dos escenas de curación las que se nos narran Jesús expulsa un demonio impuro con el que un hombre estaba poseído (vv 32-37) y cura de su fiebre a la suegra de Simón (vv 38-39) Los vv 40-41 constituyen un sumario y narran la gran cantidad de curaciones y de exorcismos llevados a cabo por Jesús en Cafarnaún Como contrapunto de la escena precedente, el v 42 subraya la favorable acogida dispensada a Jesús por los habitantes de Cafarnaún, aunque sin embargo les anima el mismo deseo de retenerlo entre ellos otros tantos indicios de la estrecha relación que el relato establece entre los dos episodios, y del carácter indisoluble de las actividades de enseñanza y de curación de Jesús

A lo largo de su ministerio, Jesús enseñará, expulsará demonios y curará a los enfermos El estrecho vínculo que Lucas ha tejido entre la predicación en Nazaret y las curaciones de Cafarnaún impedirán al lector disociar estos dos aspectos de su actividad y le recordarán que el sentido de los milagros que lleva a cabo es ofrecido por su enseñanza, mientras que por los signos que ejecuta se revela el poder divino del que está investido y se verifica la autoridad de su palabra Así es proclamada y manifestada la buena nueva del Reino

FUNCIÓN DE ESTE PASAJE EN Lc-Hch

A través de este relato de la predicación de Jesús en Nazaret y de las primeras curaciones que lleva a cabo en Cafarnaún se ofrecen al lector importantes claves de lectura relativas al contenido y al sentido de los acontecimientos que van a jalonar el ministerio de Jesús en Galilea

Mediante la profecía de Isaías 61,1-2 se precisan la naturaleza y el sentido de la misión confiada a Jesús. Él es el Mesías (el que ha recibido la unción) prometido por Dios, venido para traer la salvación a su pueblo. Es también el profeta (en efecto, el texto de Isaías parece hacer referencia a una figura profética, incluso aunque esta referencia quede aislada en el Antiguo Testamento). Por esta razón, todas sus palabras de perdón, todos sus gestos de curación se mostrarán como otros tantos signos de la realidad de esta salvación y del cumplimiento de esta profecía.

Igualmente mediante esta profecía se ofrece al lector todo el «programa» del ministerio de Jesús. El profeta es enviado por Dios para «anunciar la buena nueva a los pobres» son leprosos, incapacitados, ciegos, enfermos, pecadores públicos y todos aquellos que se encuentran excluidos de la sociedad por un aspecto u otro con los que Jesús se encontrará al recorrer Galilea. Liberados del peso de sus sufrimientos y de sus pecados, todos estos «pobres» también darán testimonio de que la profecía se ha cumplido. Por tanto, no es sorprendente que Lucas desarrolle, particularmente en su evangelio, el tema de la pobreza, así como el de la relación con los bienes, invitando a la sociedad de su tiempo a un verdadero cambio de valores, a imagen de la economía nueva que propone el Reino. «Cuando des una comida o una cena, no invi-

tes a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos. Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados y a los ciegos» (Lc 14,12-13)

Finalmente, el propio Jesús se referirá a esta profecía para responder a los enviados de Juan Bautista que le preguntan sobre su identidad: «¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?» (7,19). Por los signos de su cumplimiento es como podrán reconocer en él al enviado de Dios: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (7,22)

Por tanto, con la cita de Is 61,1-2, Lucas ha proporcionado a su lector una clave de lectura esencial para comprender el sentido de los acontecimientos que va a narrar en los capítulos siguientes. Ofrece otra cuando, en las palabras que Jesús dirige a sus oyentes, hace referencia a los milagros realizados por Elías y Eliseo. Al situar así el ministerio de Jesús en la perspectiva de la de estos dos profetas, Lucas indica a su lector que, más allá de la profecía de Isaías, es de una manera más amplia toda la historia profética la que se resume en Jesús y hace que se reconozca en él a un profeta auténtico. En efecto, Elías es el profeta cuya vida y ministerio tienen como modelo la figura de Moisés, el primero de los profetas de Dios. Es también el último de los profetas, el profeta de los tiempos finales, aquel del que la tradición judía espera su regreso, desde que fue arrebatado al cielo (2 Re 2), el día del cumplimiento de las promesas de Dios (Mal 3,23)

Con Jesús se inaugura la era mesiánica, la cual debía ser señalada por el regreso de Elías. Es lo que viene a significar para el lector un cierto número de milagros realizados por Jesús debido a la analogía que presentan con los episodios del ciclo de Elías

y Eliseo Así sucede con las curaciones de leprosos Lc 5,12-14, 17,11-19 // 2 Re 5, con las curaciones de ciegos Lc 7,21-22, 18,35-43 // 2 Re 6,17-20, con los milagros sobre la alimentación Lc 9,10-17 // 1 Re 17,7-16, 2 Re 4,42-44 y, sobre todo, con las «resurrecciones» de muertos Lc 7,11-17, 8,40-56 // 2 Re 4,18-37

Por tanto, la predicación de Jesús en Nazaret está considerada como el discurso programa que introduce a la comprensión del conjunto de su ministerio. Sin embargo, su alcance no se limita al primer volumen de la obra de Lucas, en la medida en que la narración de los Hechos establecerá un estrecho paralelismo entre el ministerio de los apóstoles y el de su Señor. De esta

manera, el «programa» del ministerio de Jesús anuncia anticipadamente el de sus apóstoles. El estudio de este paralelismo entre la figura de Jesús y la de sus discípulos (*cf* segunda parte) permitirá mostrarlo de forma más precisa. En particular, aparecerá que Lucas subraya claramente la semejanza entre los comienzos del ministerio de Pedro (Hch 2) y de Pablo (Hch 13). Estos tres relatos de una «predicación inaugural», puesta así en perspectiva, constituyen para el lector preciosos hitos que señalan las grandes etapas de un relato, subrayando la coherencia del conjunto en el cual se inscriben. De este modo, el episodio de Nazaret constituye una de las líneas de fuerza de Lc-Hch, confiriendo a este pasaje una posición estratégica en la organización del relato.

Conclusión

Hablar de Lc-Hch es considerar el tercer evangelio y el libro de los Hechos formando una única obra en dos volúmenes, cuya construcción es reveladora de la unidad del proyecto lucano. Lucas desvela explícitamente este proyecto en el prólogo que precede a su relato: escribir la historia de Jesús y el nacimiento de la Iglesia. Enmarcado por un prólogo y un epílogo que se corresponden (Lc 1-4 / Hch 28), su relato distingue claramente los dos tiempos de la historia del cristianismo en dos volúmenes cuidadosamente articulados el uno con el otro. La función programática conferida a Lc 4,14-44, la presencia de un prólogo secundario al

comienzo de los Hechos (1,1-3) y el efecto de «entendido» que produce la repetición del relato de la ascensión (Lc 24 / Hch 1) dan testimonio del cuidado con el que Lucas construyó su obra, así como de su talento de escritor.

Esta construcción literaria se corresponde con la unidad del proyecto teológico de Lucas, expresado igualmente en el prólogo: mostrar el arraigo de la Iglesia en la obra llevada a cabo por Cristo, narrar la venida de la salvación de Dios a la historia de los hombres.

SEGUNDA PARTE

LAS RELACIONES ENTRE EL EVANGELIO Y LOS HECHOS



5. Anticipaciones y vueltas atrás

SU FUNCIÓN EN EL RELATO DE LUCAS

La unidad literaria que revela la arquitectura del conjunto de Lc-Hch se desvela igualmente en el nivel de la escritura de Lucas. En efecto, como narrador preocupado por guiar a su lector hacia una justa comprensión de los acontecimientos que narra, pero respetuoso de su libertad, dispone en el propio tejido de su narración numerosos puntos de referencia susceptibles de ayudar al lector a extraer su sentido. Así, el lector atento a estos indicios es conducido a ver cada vez más claramente los vínculos que unen entre sí diferentes episodios del evangelio y de los Hechos, y a entrar poco a poco en la lógica del conjunto del relato. De esta manera, al término de la lectura de Lc-Hch, una vez que se le ha descubierto toda la coherencia del plan salvífico de Dios a través de los acontecimientos narrados, deberá decidir el significado y la importancia que les concede.

Una de las técnicas literarias utilizadas por Lucas para este objetivo consiste en hacer circular a su lector por el relato, río arriba y río abajo del desarrollo de los hechos. En terminología lingüística se puede ha-

blar de «prolepsis» y «analepsis». Tan pronto, anticipando el relato de hechos futuros, le ofrece de entrada la clave de comprensión, dejándole la tarea de verificar (más que de descubrir) que ése es su sentido (es la prolepsis), como, recordando lo que ya ha tenido lugar, apela a la memoria de su lector para invitarle a describir el momento presente a la luz del pasado (es la analepsis). Cuando este pasado es aquel del que dan testimonio las Escrituras se hablará de «analepsis bíblica». Lucas apela frecuentemente a la memoria bíblica de su lector.

La presencia de numerosas prolepsis y analepsis es una característica importante del relato de Lucas. De esta forma, al dar a su lector la posibilidad de constatar o de comprender a destiempo que lo que le había sido anunciado se realiza efectivamente, sitúa en su propia escritura el principio teológico que estructura el conjunto de su obra: en Jesús se han cumplido las promesas anunciadas por la Escritura.

Al releer el evangelio a partir de los Hechos, el lector será sensible a la presencia de numerosas prolepsis, discretos jalones dispuestos por el narrador para hacer entender que el relato del ministerio de los apóstoles no encuentra su sentido más que en el de

su Señor Inversamente, la lectura de los Hechos le remitira sin cesar al relato evangelico, y le permitira calibrar plenamente la realidad del cumplimiento del plan divino, anunciado por la Escritura y llevado a cabo por Jesús. Al valor de anticipación del anuncio responde así la apelación a la memoria, que desvela el cumplimiento

EL ESQUEMA «ANUNCIO / CUMPLIMIENTO» EN Lc-Hch

Aquí sólo presentaremos algunos ejemplos de correspondencias entre el evangelio y los Hechos. Por otra parte, funcionan numerosas prolepsis y analepsis dentro de cada uno de los dos relatos. Este esquema «anuncio / cumplimiento» se aplica en particular a dos temas: la entrada de los paganos en la Iglesia y los discípulos.

La entrada de los paganos en la Iglesia

La cita de Is 40,3-5 puesta en boca de Juan Bautista «Y todos verán la salvación de Dios» (Lc 3,6), se convierte poco a poco en realidad a medida que se van desarrollando los viajes misioneros de Pablo. Las últimas palabras de Pablo en Hch 28,28 «Sabed, pues, que esta salvación de Dios ha sido ofrecida a los paganos, ellos sí la escucharán», que vienen a hacerse eco de ella, subrayan solemnemente que el anuncio se ha llevado a cabo. La función programática de Lc 4,16-30 (cf p. 32) otorga a este pasaje una función clave en el anuncio de que los paganos son igualmente los destinatarios de la salvación.

Un pagano entra por primera vez en escena en el episodio de la curación del criado de un centurión (Lc

7,1-10). Seguro de la autoridad de la palabra de Jesús, este oficial del ejército romano manifiesta una confianza tal en su poder de curación que suscita la admiración de Jesús: «Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande» (7,9).

Los capítulos 10 y 11 de los Hechos relatan la conversión y la entrada en la Iglesia de otro centurión romano, poniendo en varias ocasiones el acento en la piedad y la fe de Cornelio: «Era hombre religioso y temeroso de Dios, lo mismo que toda su familia, daba muchas limosnas al pueblo y oraba a las horas establecidas» (Hch 10,2), «Cornelio, Dios ha escuchado tu oración» (10,31). En estos dos relatos, es la fe de los centuriones la que permite que se manifieste la salvación de Dios: el criado del primero es curado (Lc 7,10) y el Espíritu Santo viene a llenar a Cornelio y a toda su casa (Hch 10,44). Aceptar que los paganos fueran así acogidos en la Iglesia no era cosa fácil para los judíos: las reacciones de la comunidad de Jerusalén con respecto a Pedro da testimonio de ello (Hch 11,1-3). El lector de Lucas encuentra una clave de comprensión esencial en la proximidad de estos dos episodios: descubre que, prefigurando la conversión de Cornelio y el acontecimiento capital que constituiría su entrada en la Iglesia, la fe del primer centurión atestiguaba ya que el ofrecimiento de la salvación anunciada por Jesús había tocado también de forma inaudita el corazón de los paganos. Desde esta misma perspectiva, la exclamación admirativa de Jesús resuena como un eco para él en la reacción de los oyentes de Pedro, al final del relato que les ha hecho de lo que sucedió en casa de Cornelio: «Al oír esto, se callaron y alabaron a Dios diciendo: ¡Así que también a los paganos les ha concedido Dios la conversión que lleva a la vida!» (Hch 11,18). Finalmente, viendo como Pedro, a imagen de su Señor, reconoce y acoge la fe de Cornelio, comprende que la misión con-

fiada a Jesús continúa cumpliéndose en el ministerio de sus apóstoles

Los discípulos

Cuando el narrador de los Hechos precisa que, tras una persecución desencadenada contra ellos en Antioquía de Pisidia, los apóstoles «se sacudieron el polvo de los pies y se fueron a Iconio» (Hch 13,51), la información que ofrece a su lector se sitúa más allá de lo que parece ser un detalle anecdótico que contribuye a la vivacidad del relato. En efecto, en la enseñanza que ofrece a sus discípulos antes de enviarlos en misión (Lc 10,1-12), Jesús precisa «Pero si entráis en un pueblo y no os reciben bien, salid a la plaza y decid: ‘Hasta el polvo de vuestro pueblo que se nos ha quedado pegado a los pies lo sacudimos y os lo dejamos’» (Lc 10,10-11). Mediante la mención de este simple gesto, el narrador indica claramente a su lector que los apóstoles, en el desarrollo de su misión, no hacen otra cosa que poner en práctica la enseñanza que han recibido del propio Jesús. El carácter mínimo de este detalle no impide ni su valor simbólico ni su fuerza de evocación.

Sucede lo mismo con un pintoresco detalle mencionado en el relato de la aventura vivida por Pablo durante su escala forzosa en Malta (Hch 28,1-6) mordido por una víbora, Pablo no sufrió ningún daño, con gran sorpresa de los presentes. Sin duda, este hecho milagroso contribuye a establecer la inocencia de Pablo. «Los nativos, al verla colgando de su mano, se decían unos a otros. ‘Sin duda este hombre es un homicida, se ha librado del mar, pero la justicia divina no le permite seguir con vida’ [] Ellos esperaban que se hinchara y cayera muerto de repente. Estuvieron esperando un buen rato, pero, al ver que nada malo le sucedía, cambiaron de pare-

cer» (Hch 28,4-6). Constituye además, en opinión del narrador, que informa a su lector de ello, el cumplimiento de otras palabras de Jesús a sus discípulos «Os he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones, y para dominar toda potencia enemiga, y nada os podrá dañar» (Lc 10,19). Con ocasión de esta peregrinación aún se verifica aquí el estatuto profético de la palabra de Jesús.

En Lc 11,49 se encuentra otro ejemplo de palabra profética, pronunciada por Jesús en el curso de una comida en casa de un fariseo «Por eso dijo la sabiduría de Dios ‘Les enviaré profetas y apóstoles, a unos los matarán, y a otros los perseguirán’». El relato de los Hechos en su totalidad, por así decir, constituye su cumplimiento. En el evangelio de Mateo, la frase que pronuncia Jesús es ligeramente diferente «Pues bien, yo os envío profetas, sabios y maestros de la ley» (Mt 23,34). La intención de Lucas de subrayar un vínculo esencial entre sus dos volúmenes aparece claramente en esta sustitución de términos: al designar explícitamente con la palabra «apóstoles» a aquellos a los que dedicará la segunda parte de su dístico, invita a ver en ellos a los enviados de la Sabiduría de Dios, cuyo destino es ser perseguidos y llevados a la muerte. Por tanto, el conjunto de su ministerio, lo mismo que el de Jesús, viene a inscribirse en el desarrollo del plan de salvación de Dios.

«Os digo que si uno se declara a mi favor delante de los hombres, también el Hijo del hombre se declarará a favor suyo delante de los ángeles de Dios», dice Jesús a sus discípulos (Lc 12,8). El capítulo 7 de los Hechos narra al lector el momento en que esta promesa se verifica por primera vez. Esteban, «lleno del Espíritu Santo, mirando fijamente al cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y exclamó ‘Veo los cielos abiertos,

y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios'» (Hch 7,55-56)

Dada la fiabilidad de la palabra de Jesús establecida de esta manera por el narrador, el cumplimiento de otros anuncios hechos por Jesús a sus discípulos no puede ser puesto en duda. Así, estos últimos, junto con el anuncio de persecuciones futuras, reciben la seguridad de ser asistidos por el Espíritu Santo para dar testimonio de su fe incluso ante los tribunales. «Si os llevan a las sinagogas, ante los magistrados y autoridades, no os preocupéis del modo de defenderos, ni de lo que vais a decir, el Espíritu Santo os

enseñará en ese mismo momento lo que debéis decir» (Lc 12,11-12, cf 21,12-19)

Finalmente, hay que citar el acontecimiento de Pentecostés, anunciado en 24,49 «Por mi parte, os voy a enviar el don prometido por mi Padre», y en Hch 1,8 «Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros», que se produce en Hch 2. Lejos de constituir una lista exhaustiva, estos ejemplos son, sin embargo, significativos del modo de escribir lucano y de la relación que se establece entre el narrador y su lector.

6. Las «cadenas narrativas» y las repeticiones

Otra de las técnicas literarias utilizadas por Lucas para hacer que aparezcan las relaciones significativas que establece entre los acontecimientos que narra, consiste en encadenar varios episodios que tienen un elemento común (un personaje, un hecho o una serie de hechos), de manera que el lector pueda evaluar la continuidad y la progresión del relato. Al tejer así, mediante estas «cadenas narrativas»¹⁵, líneas de sentido entre diferentes partes de su obra, y al reforzar con este hecho los efectos de anticipación y de vuelta atrás precedentemente mencionados, Lucas ofrece, incluso en eso, una ocasión de entrar poco a poco en la coherencia de su proyecto de conjunto.

15 Cf D MARGUERAT, «Luc-Actes une unite a construire», en J VERHEYDEN (ed.), *The Unity of Luke-Acts* (Lovaina, University Press, 1999) 57-81

LA CADENA DE LOS CENTURIONES

(Lc 7,1-10; 23,47; Hch 10-11)

El valor de anticipación de la fe del centurión de Cafarnaún ya ha sido subrayado (cf capítulo precedente), así como la función de anuncio de la entrada de los paganos en la Iglesia conferida por el narrador a este episodio del evangelio (Lc 7,1-10). Ahora hay que tener en cuenta la presencia en el relato de otro centurión, el que al pie de la cruz, «viendo lo sucedido, alababa a Dios diciendo 'Verdaderamente este hombre era justo'» (Lc 23,47), y recordar la insistencia con la que el relato de Hch 10-11 subraya la fe del centurión Cornelio: es piadoso, temeroso de Dios, caritativo, igualmente es un hombre de oración (10,2 4b).

LA CADENA DE LAS CONVERSIONES (Hch 8-10)

En la escena al pie de la cruz, el narrador no interviene directamente para calificar la fe del centurion. Ocultándose tras su relato, deja a su lector que asista a la escena y que juzgue por sí mismo el sentido y el alcance del acontecimiento. Sin embargo, la disposición de estos tres episodios en la construcción de su relato (*cf* más adelante) es revelador de lo que quiere comunicar con ello a su lector: sólo Jesús, el primero, podía desvelar la acogida favorable dispensada por los paganos al ofrecimiento de la salvación de Dios y representar en la fe del centurión de Cafarnaún un ejemplo para Israel. Después le corresponde al narrador dar testimonio de la realidad de la revelación anunciada por Jesús: la piedad de Cornelio es para él un ejemplo significativo. Situada entre estos dos extremos, en una cima del relato, la confesión de fe del centurión representa, en toda su radicalidad, lo inaudito de la respuesta procedente del mundo pagano. Mediante el establecimiento de una cadena narrativa entre estos tres episodios, el narrador comunica a su lector cómo lee él, por su parte, lo que constituye la realidad eclesial de su tiempo, arraigada, en su opinión, en el propio ministerio de Jesús.

– Lc 7,9 «Al oír esto **Jesús**, quedó admirado y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: ‘Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande’»

– Lc 23,47. «**El centurión**, viendo lo sucedido, alababa a Dios diciendo: ‘Verdaderamente este hombre era justo’».

– Hch 10,2 «**(El narrador:)** era hombre religioso y temeroso de Dios, lo mismo que toda su familia, daba muchas limosnas al pueblo y oraba a las horas establecidas

Aunque sea único, sin embargo no por ello el narrador ha dejado de situar el episodio de la conversión de Saulo en Hch 9 en una serie de conversiones desgranadas en estos dos capítulos de los Hechos: la de Simón el mago en Hch 8,4-25, la del eunuco etíope en 8,26-40 y la del centurión Cornelio en el capítulo 10. Más allá del significado vinculado a cada uno de estos relatos de conversión, es en el hecho mismo de estas conversiones sucesivas como el narrador llama la atención de su lector.

En primer lugar indica el carácter paradójico del contexto en el que se producen estas conversiones: después de la muerte de Esteban, y del desencadenamiento de una violenta persecución contra la comunidad cristiana, los discípulos deben abandonar Jerusalén y dispersarse «por las regiones de Judea y Samaría» (Hch 8,1b). Así es como Felipe llega a Samaría, donde proclama a Cristo y la buena nueva del Reino de Dios (*cf* 8,5-12). Por tanto, las dos primeras conversiones de las que es testigo son los primeros signos de la expansión de la misión cristiana fuera de Jerusalén. Aquí se deja percibir el guiño irónico del narrador a su lector: todos los esfuerzos desplegados para reprimir la predicación de los apóstoles, incluso una terrible persecución, no conducen más que a favorecer su difusión fuera de Jerusalén y así a hacer que comience la segunda fase de la misión confiada por Cristo a sus apóstoles en Hch 1,8: «Sereis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría». Pasando por los rodeos de la historia humana es como Dios quiere conducir el desarrollo de su plan de salvación.

Los signos y los milagros realizados por Felipe llevan a la población de Samaria a creer en «la buena nueva del Reino de Dios y del nombre de Cristo» (8,12), liberándola de la admiración en la que la mantenían los sortilegios del mago Simón. Este se convirtió a su vez, pero —observa el texto— porque no se separaba de Felipe, «viendo maravillado los signos y los grandes milagros que realizaba» (8,13b). Por otra parte, sabiendo que la población de Samaria decía de Simón «Éste es la fuerza de Dios, la que llaman el Gran Poder» (8,10), se entiende que deseara comprar este «poder». Simón razona en términos de poder para dominar. Estas precisiones relativas a sus verdaderas motivaciones explican la continuación del relato y las puntualizaciones que debe hacer Pedro: la salvación de Dios es un don gratuito que hay que acoger con el corazón sin intenciones «torcidas a los ojos de Dios» (8,21).

Si el mago samaritano no estaba preparado para una verdadera conversión, en cambio el eunuco etíope manifiesta, de modo ejemplar, que está completamente orientado hacia Dios. Su deseo de comprender la Escritura, al regreso de una peregrinación a Jerusalén, y la petición que expresa aparecen como sólidos indicios de la autenticidad de su caminar. Por eso, contrariamente a Simón, no se equivoca sobre el sentido de lo que escucha y encuentra en la explicación cristológica del pasaje de Is 53 que le proporciona Felipe: la luz que le faltaba si pide a Felipe recibir el bautismo es porque desde ese momento cree en el cumplimiento de la promesa de la salvación de Dios en Jesucristo anunciada por la Escritura.

Al término de este segundo relato de conversión, los signos de que la predicación cristiana puede dar frutos fuera de Jerusalén están ahí: es acogida por los

samaritanos, que son judíos pero considerados como herejes por los de Judea, y por el etíope temeroso de Dios (un no judío convertido al judaísmo, como lo prueba el hecho de que vuelva de peregrinación). Igualmente, el relato ha establecido que el mismo Dios ha sido su instigador, como lo prueba la intervención del ángel del Señor junto a Felipe.

Preludiando, por así decir, el relato de la conversión de Saulo y el de la conversión de Cornelio, estos dos primeros episodios de conversión advierten anticipadamente al lector que, a pesar de su carácter inaudito, los acontecimientos que le van a ser narrados representan cada uno una etapa entre otras en el desarrollo del plan de Dios. Por espectaculares que parezcan, las respectivas entradas en escena de aquel que será el director de la misión pagana y de un representante del mundo pagano están inscritas así en el centro de un dinamismo iniciado con anterioridad por el propio poder divino: después del ángel del Señor que interviene junto a Felipe, es Cristo en persona el que se dirige a Saulo en el camino de Damasco y después, en una visión, a Ananías, mientras que el Espíritu se convierte para Pedro en el intérprete de la voluntad de Dios.

El lector percibe también que la preocupación del narrador por mostrar que este movimiento de apertura hacia el exterior se hace progresivamente, sin que jamás se rompa la relación con Jerusalén. En efecto, cada uno a su manera, Simón el samaritano y el etíope temeroso de Dios pertenecen a categorías religiosas cercanas al judaísmo, una proximidad que la figura del piadoso centurión Cornelio no contradeciría. Por otra parte, Lucas no deja de subrayar que los apóstoles que han quedado en Jerusalén se asocian inmediatamente a la misión de Felipe en Samaria: «Los apóstoles, que estaban en Jerusalén, oyeron

que los habitantes de Samaría habían recibido la Palabra de Dios, y les enviaron a Pedro y a Juan. [...] Entonces [Pedro y Juan] les impusieron las manos, y [los samaritanos] recibieron el Espíritu Santo» (Hch 8,14.17). La extensión de la predicación cristiana fuera de Jerusalén queda perfectamente unida a la continuación de la misión confiada por Cristo a sus apóstoles. El hecho de que le corresponda al apóstol Pedro acoger a Cornelio y a su familia en la Iglesia es una prueba suplementaria de ello.

A esta serie de conversiones, situadas así en perspectiva, conviene añadir la de la comunidad cristiana –mencionada más discretamente, aunque no menos real–, habiendo intervenido el propio Cristo para llamar no sólo a Saulo a convertirse, sino también a la comunidad cristiana, representada en el relato por Ananías y por los apóstoles. En efecto, podemos hablar igualmente de conversión para la comunidad cristiana en la medida en que, por dos veces, los que la representan son llevados a dejarse transformar para aceptar como acción de Dios lo que les parece su opuesto. Ananías, miembro de la comunidad cristiana de Damasco, debe aceptar en primer lugar que su miedo al enemigo, que quiere su muerte y la de sus hermanos, se convierta en confianza en una misión de vida al servicio de Cristo: debido a esto, gracias a él, Saulo vuelve a estar vivo con la vida de Dios. En Jerusalén, gracias a Bernabé y al relato que hace de los acontecimientos de Damasco, son vencidos el temor y la incredulidad de la comunidad jerosolimitana. Ésta debe creer que Saulo ha visto ciertamente al Señor en el camino de Damasco y que ha anunciado a Cristo con la seguridad del que le ha dado su fe. Igualmente debe aceptar ver en Saulo a aquel que, porque ha «visto» a Cristo, ha tenido la misma experiencia de encuentro que los apóstoles: evidentemente, semejante trans-

formación de la mirada pertenece al orden de la conversión.

LA CADENA DE LA MISIÓN EN JERUSALÉN (Hch 2,42-8,1)

El recuadro (p. 45) muestra una triple repetición de la misma secuencia en el relato del ministerio de los apóstoles en Jerusalén: los signos y los milagros realizados por los apóstoles suponen la reacción hostil de las autoridades religiosas y su arresto, seguida de su comparecencia ante el Sanedrín. La primera vez, el desenlace es positivo: reunidos de nuevo, los apóstoles dirigen una oración a Dios y reciben el Espíritu Santo (4,23-31); lo es menos la segunda ocasión: primeramente liberados de forma milagrosa por el ángel del Señor (5,19-26), a los apóstoles, después de ser azotados con varas, se les prohíbe hablar en el nombre de Jesús (5,40-41); en el tercer caso, el desenlace es absolutamente dramático: Esteban es lapidado (7,54-8,1).

La cadena narrativa formada de esta manera llama la atención del lector sobre la permanencia y la escalada del conflicto entre los apóstoles y las autoridades religiosas de Jerusalén. En efecto, la utilización de un mismo esquema, además de su efecto persuasivo sobre el lector, hace que destaquen igualmente las diferencias entre estos tres episodios: estas conciernen esencialmente a la escalada de la violencia en contra de los apóstoles, violencia de la que el asesinato de Esteban constituye su cumbre.

De este modo se traza claramente una línea de continuidad a lo largo de esta sección del relato, dedicada al ministerio de los apóstoles en Jerusalén, asegurando la unidad del relato y centrándolo en lo esen-



cial la determinación de los apóstoles en el desarrollo de su misión, sea cual sea el precio. Los resúmenes que marcan las diferentes etapas del relato y que describen el crecimiento de la comunidad dan testimonio del éxito de su ministerio

<i>resúmenes</i> (crecimiento de la comunidad)	arresto	comparecencia ante el Sanedrín	desenlace
2 42 47	4,1-4	4,5-22	4,23-31
4 32 35			
5 12 16	5,17-18	5,27-39	5,19 26 40 41
5 42			
6 7 8	6,9 11	6,12-7,53	7,54-8,1a (lapidación de Esteban)

Con más frecuencia aun que las cadenas narrativas, Lucas explota el procedimiento de la repetición de un acontecimiento o de una serie de acontecimientos. Los efectos producidos por este fenómeno de redundancia contribuyen igualmente, puesto que también favorecen la memorización y la comprensión, a la profundización del significado de conjunto del relato

EL TRIPLE RELATO DEL CAMINO DE DAMASCO (Hch 9; 22; 26)¹⁶

Sucesivamente se presentan al lector tres reseñas del acontecimiento del camino de Damasco: la primera bajo la forma de un relato por parte del narrador, las

¹⁶ Cf. D. MARGUERAT, «La conversion de Saul», en *La premiere histoire du christianisme*

otras dos en el marco de sendos discursos pronunciados por Pablo. Si se tienen en cuenta los diferentes puntos de vista que expresan estos relatos (el del narrador omnisciente y el del orador que recuerda su propia experiencia) y la función narrativa que respectivamente se les confiere (una serie de conversiones para el primero, Hch 9, un discurso de defensa ante el pueblo de Jerusalén para el segundo, Hch 22, y un discurso ante el rey Agripa y su corte para el tercero, Hch 26), se impone la conclusión de que, lejos de yuxtaponer tres versiones rivales del mismo acontecimiento, el narrador de los Hechos ha querido significar, con estas relecturas sucesivas, la importancia capital del acontecimiento con relación al desarrollo de la misión pagana

EL CUÁDRUPLE RELATO DE LA VISIÓN DE CORNELIO (Hch 10-11)

La visión sinóptica del cuádruple relato de la visión de Cornelio pone de relieve una misma utilización de los efectos narrativos de la repetición. Señalamos principalmente:

– la diferencia de enunciador: el narrador omnisciente (10,1-8), los enviados de Cornelio (10,22), el propio Cornelio (10,30-33) y Pedro (11,1-14)

– La precisión introducida poco a poco en cuanto a lo que Cornelio espera de Pedro: en primer lugar, se ignora por qué Cornelio debe enviar a buscar a Pedro (10,5), después se dice que se trata de escuchar las palabras de Pedro (10,22), luego, de escuchar lo que le ha sido encargado a Pedro por el Señor (10,33), finalmente se dice que Pedro revelara «las palabras que le traieran la salvación» a Cornelio y a toda su casa (11,14)

– La progresiva desaparición del papel de Cornelio y el acento cada vez más insistente en el papel de Pedro y en el significado del acontecimiento, a saber, que, gracias a la obra del Espíritu y al testimonio de Pedro, la buena nueva de la salvación ha sido anunciada a los paganos.

La utilización de la repetición hace que aparezca aquí que, frente a un acontecimiento absolutamente

inaudito, los actores de la historia no pudieran captar de entrada su significado. Sólo en el momento en que da cuenta a sus hermanos es cuando Pedro puede interpretar verdaderamente el sentido de lo que ha sucedido y compartir con su auditorio la certeza que ha adquirido de haber actuado conforme a la voluntad de Dios.

LOS CUATRO RELATOS DE LA VISIÓN DE CORNELIO

Hch 10,1-8

Había en Cesarea un hombre, llamado Cornelio, que era centurión de la compañía llamada Itálica. Era hombre religioso y temeroso de Dios, lo mismo que toda su familia, daba muchas limosnas al pueblo y oraba a las horas establecidas. Un día, hacia las tres de la tarde, tuvo una visión en la que vio claramente a un ángel de Dios, que entró en su habitación y le dijo: «¡Cornelio!» Él lo miró y, lleno de temor, dijo. «¿Qué quieres, Señor?» Él le respondió: «Dios ha tenido en cuenta tus oraciones y tus limosnas. Envía emisarios a Jafa y haz venir a Simón, llamado Pedro, que se hospeda en casa de un tal Simón, un curtidor que vive junto al mar». Cuando se fue el ángel que le había hablado, Cornelio llamó a dos de sus criados y a un soldado de los que lo asistían, que era hombre religioso, se lo explicó todo y los mandó a Jafa.

Hch 10,22

Ellos (los enviados de Cornelio) dijeron: «El centurión Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, bien acreditado ante todo el pueblo judío, recibió aviso de un ángel para llevarte a su casa y escuchar tus palabras».

Hch 10,30-33

Cornelio respondió «Hace cuatro días, hacia las tres de la tarde, estaba yo rezando en mi casa, cuando apareció delante de mí un hombre con vestidos resplandecientes y me dijo. ‘Cornelio, Dios ha escuchado tu oración y ha tenido en cuenta tus limosnas. Manda a alguien a Jafa para que traiga a Simón, a quien llaman Pedro, que se hospeda en casa de Simón, el curtidor, junto al mar’. Así que inmediatamente te mandé a buscar, y tú te has dignado venir. Aquí, pues, nos tienes a todos, en presencia de Dios, dispuestos a escuchar todo lo que el Señor te ha encargado de decirnos».

Hch 11,11-14

(Pedro). «[...] En ese mismo momento se presentaron en la casa donde estábamos tres hombres que me habían enviado desde Cesarea. Y el Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar. Vinieron conmigo también estos seis hermanos, y entramos en la casa de aquel hombre. Él nos contó cómo había visto un ángel que se presentó en su casa y le dijo: ‘Manda que vayan a Jafa en busca de Simón, llamado Pedro; sus palabras te traerán la salvación a ti y a todos los de tu casa’».

7. Una narración en paralelos ¹⁷

La retórica antigua conocía y recomienda el procedimiento de poner en paralelo (en griego *synkrisis*) para valorar las cualidades de aquel de quien se hace el elogio «Hay que situarlo en paralelo con los hombres ilustres, pues la amplificación produce un hermoso efecto si la persona alabada tiene ventaja sobre gentes de valor» (Aristóteles, *Retórica* I, 38) Plutarco lo utiliza en sus *Vidas paralelas*, componiendo «parejas» de vidas que asocian en cada ocasión un griego y un romano (Teseo-Rómulo, Demóstenes-Cicerón, etc.) Encontramos numerosos ejemplos de ello en la obra de Lucas. La considerable extensión que se le otorga de esta manera contribuye enormemente a poner de relieve las relaciones que el narrador desea tejer entre sus dos volúmenes

EL PARALELO ENTRE JUAN BAUTISTA Y JESÚS (Lc 1-2)

Estos dos capítulos, llamados tradicionalmente «evangelio de la infancia», nos presentan en paralelo las circunstancias de la venida al mundo de Juan Bautista y de Jesús. Así, en una lectura al hilo del texto, podemos señalar

– el anuncio a Zacarías del nacimiento de Juan,

– el anuncio a María del nacimiento de Jesús. No podemos dejar de sorprendernos por el paralelismo en la organización de estos dos episodios: presentación de lugares, personajes, diálogo con el ángel, que

implica un anuncio, una pregunta y una respuesta del ángel, reacción final al anuncio,

– la Visitación, prolongada por el *Magnificat* de María,

– el nacimiento y la circuncisión de Juan, prolongados por el *Benedictus* de Zacarías,

– el nacimiento de Jesús y su presentación en el Templo para su circuncisión, prolongados por la profecía de Simeón y la mención de las palabras de la profetisa Ana,

– tres sumarios para mencionar el crecimiento de los dos niños: uno para Juan Bautista, dos para Jesús.

Al subrayar las semejanzas, los paralelismos contribuyen a poner de relieve las diferencias. Zacarías no creyó en la palabra del ángel, mientras que María es la que creyó, aunque se mencionan las mismas etapas de la vida de Juan Bautista y de Jesús (nacimiento, circuncisión y crecimiento), las relativas a Jesús están más desarrolladas (la escena final, que tiene lugar en el Templo, consagra la distinción entre los dos niños). Todo converge poco a poco para hacer de Jesús el centro del relato y mostrar la diferencia entre el que anuncia la venida del mesías y el propio mesías.

Por otra parte, el paralelismo de los episodios permite subrayar la progresión del relato desde un punto de vista temático: al situar a Zacarías y a Isabel al término de la larga serie de los relatos de nacimientos milagrosos en la historia de los patriarcas (*cf.* las numerosas analepsis bíblicas que salpican el relato), el primer episodio trata de mostrar la importancia de la memoria bíblica para reconocer en el anuncio del án-

17 J-N ALETTI, *Quand Luc raconte* (Lire la Bible 115, Paris, Cerf, 1998) 68-112

JUAN BAUTISTA Y JESÚS EN LUCAS 1-2

1,5-25

Zacarías e Isabel
en el Templo (Jerusalén)
el ángel del Señor, Gabriel
anuncio del nacimiento de Juan
pregunta de Zacarías:
«¿Cómo sabré?»
respuesta del ángel
Zacarías mudo
presencia del pueblo
Isabel, embarazada, reconoce la obra
del Señor; se oculta 5 meses

1,39-45

Visitación: María - Isabel

1,57-66: nacimiento de Juan
circuncisión de Juan

1,67-79: *Benedictus*: cántico de Zacarías

1,80: *sumario*: el crecimiento de Juan

1,26-38

El sexto mes
María
en Nazaret
el ángel Gabriel
anuncio del nacimiento de Jesús
pregunta de María:
«¿Cómo será esto?»
respuesta del ángel

María: «*Aquí está la esclava del Señor*»

1,46-56: *Magnificat*: cántico de María

2,1-21: nacimiento de Jesús y circuncisión

2,22-39: presentación en el Templo
Simeón y Ana

2,40: *sumario*: el crecimiento de Jesús

2,41-51a: Jesús en el Templo

2,51b-52: *sumario*: el crecimiento de Jesús

gel la realización de las promesas de Dios. En efecto, el lector puede comprender que si Zacarías no cree en el anuncio que se le hace es porque no recuerda que la misma promesa de un hijo hecha a Abrahán fue atendida (al ponerle en los labios los mismos términos de la pregunta de Abrahán en Gn 15,8, el narrador invita a que se establezca la relación entre los dos episodios). Inversamente, cuando Isabel reconoce la obra del Señor en el hijo que espera, aparece como la que

recuerda, retomando las palabras de Raquel en el nacimiento de José (Gn 30,23). María encarna mediante su «sí» la fe en la palabra recibida de Dios.

El encuentro entre las dos mujeres, en el episodio de la Visitación, reúne entonces lo que permite a la obra de Dios llevarse a cabo y desemboca en la alabanza y la acción de gracias, expresando el reconocimiento de esta obra. Desde esta perspectiva, el *Be-*

nedictus de Zacarías aparece como una cima en el relato: con la alabanza («Bendito seas Señor...»), Zacarías expresa su fe en el Dios de Israel, que cumple sus promesas, mientras que, lleno del Espíritu Santo, profetiza la venida del Mesías prometido. Por tanto, el conjunto del capítulo 1 constituye como una primera parte del relato, centrada en Dios y en la manera en que interviene en la historia de los hombres, al pedirles que acojan su palabra y que crean y respondan a ella.

Una segunda parte está centrada en Jesús y conduce el relato de manera que le concede la palabra: en primer lugar, su nacimiento es interpretado por los ángeles del cielo (2,10-14), después por Simeón y Ana (2,25-38) y finalmente por él mismo (2,49); a partir de entonces es Jesús el que habla de Dios. Por último, con la construcción de estos dos capítulos, son tres historias paralelas de cumplimiento de una promesa las que se presentan al lector según un desarrollo idéntico: sucesivamente se hace una promesa a Zacarías (su mujer tendrá un hijo), a María (concebirá un hijo) y a Simeón (verá al Mesías); esta promesa se realiza suscitando una respuesta en forma de oración (los tres cánticos de Zacarías, María y Simeón)

Juan Bautista

1,5-7	Presentación de los padres	1,26-27
1,8-23	Anunciación	1,28-38
1,24-25	Respuesta de la madre	1,39-56
1,57-58	Nacimiento	2,1-20
1,59-66	Circuncisión e imposición del nombre	2,21-24
1,67-79	Respuesta profética	2,25-39
1,80	Crecimiento del niño	2,40.52

Jesús

EL PARALELO ENTRE PEDRO Y PABLO (Hch 1-12; 13-28)

El paralelo establecido por el relato entre las dos figuras que dominan respectivamente estas dos partes del libro de los Hechos no puede dejar de sorprender al lector:

Su ministerio está situado bajo la acción del Espíritu Santo

– El acontecimiento de Pentecostés y la mención de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles preceden al discurso con el cual Pedro inaugura su ministerio: «Todos quedaron llenos del Espíritu Santo» (2,4).

– Es el Espíritu Santo el que llama a Bernabé y a Pablo y les envía en misión: «Separadme a Bernabé y a Saulo para la misión que les he encomendado» (13,2).

Se inicia con un discurso semejante

– Dirigido a un auditorio judío: «Israelitas» (2,22; 13,16), «hermanos» (2,29; 13,26.38); «judíos» (2,14); «todos los israelitas» (2,36); «hijos de la estirpe de Abrahán» (13,26).

– Referido a los acontecimientos de Jerusalén: el proceso, la muerte y la resurrección de Jesús (2,23-24; 13,28-30).

– Apelando al testimonio de las Escrituras para dar testimonio de su cumplimiento en Jesús: Sal 16,8-11 es citado en 2,25-31 (David profetizó la resurrección de Cristo); Sal 2,7; 16,10 e Is 55,3 son citados en 13,33-35 (el propio Dios anunció que hacía de Jesús su Hijo y le daba su vida).

– Mencionando la relación entre Cristo y la figura de David: si David conoció la muerte y la corrupción de su carne (2,29; 13,36), Cristo «no experimentó la corrupción» (2,31; 13,37).

Su ministerio es el lugar de curaciones milagrosas y signos similares

– La primera curación llevada a cabo por Pedro es la de un parálítico de nacimiento, en la «Puerta Hermosa» del Templo (3,1-10). Esta curación es seguida por un discurso en el que explica al pueblo, que acudía estupefacto, que «por creer en Jesús se le han fortalecido las piernas a este hombre a quien veís y conocéis; la fe en Jesús lo ha curado totalmente en presencia de todos vosotros» (3,16). En 4,22 nos enteramos de que el hombre milagrosamente curado tenía más de cuarenta años.

– La primera curación llevada a cabo por Pablo (14,8-10) tiene que ver igualmente con un parálítico, «un parálítico, cojo de nacimiento», precisa el relato. Igual que Pedro, Pablo debe ofrecer una explicación a la multitud de los licaonios, que les tomaron a Bernabé y a él por dioses: «Somos hombres y os anunciamos la buena noticia para que, abandonando estos dioses vacíos, os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos» (14,15).

– Un sumario informa al lector de los numerosos signos y prodigios realizados en el pueblo por mano de los apóstoles (5,12; a este respecto se precisa que la multitud acude de todas las localidades vecinas con enfermos y «poseídos por espíritus impuros» para que al pasar Pedro, «al menos su sombra tocara a alguno de ellos» (5,15-16).

– Otro sumario está dedicado a las curaciones llevadas a cabo por Pablo en la isla de Malta: tras la curación del primer magistrado de la isla, «después de orar, imponiéndole las manos» (28,8), «los demás habitantes de la isla que tenían enfermedades venían también y eran curados [por Pablo]» (28,9). Por otra parte, Pablo practica también un exorcismo en Filipos, liberando a una joven sierva «que tenía espíritu de adivinación» (16,16-18).

– En Jafa, Pedro resucita a una mujer cristiana llamada Tabita (9,36-43); en Tróade, Pablo resucita al joven Eutiquio, muerto después de su caída desde el tercer piso (20,7-12).

– Pedro es aquel a quien Dios, en una visión (10,9-16), pide que abra las puertas de la fe a los paganos (cf. la conversión de Cornelio en 10-11), mientras que Pablo recibe del Señor la orden de ser «luz de las naciones» para llevar la salvación «hasta los confines de la tierra» (13,47). Igualmente es en una visión donde comprende la llamada de Dios para ir a evangelizar Macedonia (16,9). El relato que dirigen respectivamente Pedro y Pablo (en 11,1-18 y 21,19) a sus hermanos de Jerusalén sobre lo que Dios ha llevado a cabo con los paganos produce el mismo efecto: todos dan gloria a Dios (11,18 y 21,20).

Su ministerio los enfrenta con la hostilidad de las autoridades religiosas y les vale sufrir las mismas pruebas

A lo largo de su ministerio, Pedro es detenido y encarcelado en tres ocasiones: la primera vez, porque las autoridades religiosas del Templo y los saduceos no soportan escucharlo, junto con Juan, anunciar la resurrección de Jesús (4,2-3); la segunda, porque este mismo partido saduceo se enfurece a causa de las numerosas curaciones llevadas a cabo por los apóstoles y por el éxito de Pedro en particular (5,18); la tercera se debe al rey Herodes, en el marco de la persecución que desencadena contra la comunidad de Jerusalén (12,3-4).

Pablo es detenido y encarcelado en Filipos después de haber sido acusado por los amos de la joven sierva que acaba de curar (16,23); lo es de nuevo en Jerusalén cuando el tribuno romano le sustrae a la cólera de la multitud (21,33); finalmente, el nuevo go-

bernador Porcio Festo decide dejarlo en prisión para congraciarse con los judíos (24,27).

Además de estos encarcelamientos, Pedro y Pablo deben sufrir castigos corporales: Pedro y los apóstoles son golpeados con varas en 5,40; Pablo y Bernabé son azotados con varas y molidos a golpes en Filipos (16,22-23); el sumo sacerdote Ananías ordena golpear a Pablo en la boca (23,2).

Los dos comparecen ante el Sanedrín: Pedro en dos ocasiones (4,7 y 5,27), Pablo en una (23,1). Cada vez es para ellos ocasión de dar testimonio de su fe: Pedro proclama el nombre de Jesucristo el Nazareno, en quien se ha ofrecido la salvación (4,10-12), y da testimonio de su resurrección y de su exaltación (5,30-32); en cuanto a Pablo, «tienes que dar testimonio de mí en Roma igual que lo has dado en Jerusalén», le dice el Señor durante la noche (32,11).

Finalmente, Pedro y Pablo se benefician ambos de una liberación milagrosa: en el caso de Pedro, el ángel del Señor se presenta en el local donde estaba encerrado, las cadenas se le caen de las manos y la puerta de hierro se abre sola. «Ahora me doy cuenta de que el Señor ha enviado a su ángel para libramme de Herodes y de las maquinaciones que los judíos habían tramado contra mí», se dice Pedro (12,6-11). En el caso de Pablo, es un violento temblor de tierra el que hace que se abran las puertas y que se suelten las cadenas que le mantenían en el fondo de un calabozo (16,26).

Estas similitudes no pueden ser fruto del azar. Con ellas, Lucas quiere indicar perfectamente a su lector que Pablo es un verdadero apóstol, un testigo de Cristo de igual rango que Pedro. Sin embargo, situado en la perspectiva del conjunto de la obra lucana, este paralelismo adquiere otra dimensión: lo que aproxima a

Pedro y Pablo es que ambos recorren el itinerario de Jesús.

EL PARALELO ENTRE JESÚS Y SUS DISCÍPULOS

Jesús y Pedro

Observemos en primer lugar los rasgos por los cuales el narrador establece una semejanza entre Jesús y Pedro.

– Están llenos del Espíritu Santo en el momento de comenzar su ministerio (Lc 4,14; Hch 2,4).

– Su discurso inaugural concede un amplio lugar al Espíritu de profecía: el de Jesús toma su sentido de la cita de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4,18-27), el de Pedro está situado bajo el signo de la profecía de Joel: «En los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu...» (Hch 2,14-41).

– Pedro retoma las palabras de Jesús en Lc 20,17 sobre la «piedra rechazada por vosotros, los constructores, que se ha convertido en piedra angular» (Hch 4,11).

– Igual que Jesús (Lc 5,17-26), Pedro levanta a los que ya no pueden caminar: cura a un paralítico en dos ocasiones (Hch 3,1-10 y 9,32-35: «Jesús, el Mesías, te cura; levántate y arregla tu lecho»).

– Los sumarios que narran su ministerio de curaciones y exorcismos se hacen eco unos de otros: «Al ponerse el sol llevaron ante Jesús enfermos de todo tipo; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba. Salían también de muchos los demonios gritando» (Lc 4,40-41); «Se detuvo en un llano donde estaban muchos de sus discípulos y un gran

gentío, de toda Judea y Jerusalén, y de la región costera de Tiro y Sidón, que habían venido para escucharlo y para que los curara de sus enfermedades. Los que eran atormentados por espíritus inmundos quedaban curados; y toda la gente quería tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos» (Lc 6,17-19); «Incluso sacaban los enfermos a las plazas y los ponían en camillas y parihuelas, para que, al pasar Pedro, al menos su sombra tocara a alguno de ellos. Un gran número de personas procedentes de las ciudades cercanas acudía a Jerusalén, llevando enfermos y poseídos por espíritus inmundos, y todos se curaban» (Hch 5,15-16).

– Jesús resucita al hijo de la viuda de Naín (Lc 7,11-17), así como a la hija de Jairo, el jefe de la sinagoga (Lc 8,49-56). Pedro resucita a Tabita en Jafa (Hch 9,36-43). En estos dos últimos ejemplos se precisa que Jesús, a su llegada a la casa, «no permitió entrar con él a nadie más que a Pedro, a Juan y a Santiago, y al padre y la madre de la niña» (Lc 8,51), y que Pedro «echó a todos fuera» (Hch 9,40).

– Las autoridades religiosas judías vacilan en hacer detener a Pedro por miedo al pueblo (Hch 4,21), de la misma manera que temían atacar a Jesús: «Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los principales del pueblo trataban de acabar con él. Pero no encontraban el modo de hacerlo, porque el pueblo entero estaba escuchándolo, pendiente de su palabra» (Lc 19,47-48; cf. también 20,19).

– Igual que su Señor, Pedro comparece ante el Sanedrín (Lc 22,66-71; Hch 4,5-22; 5,28-40). El testimonio que da de la resurrección y la exaltación de Jesús viene a confirmar así las palabras que Jesús había pronunciado durante su propia comparecencia: «Pero desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha de Dios Todopoderoso» (Lc 22,69).

Jesús y Pablo

Lucas hace que aparezcan igualmente numerosos rasgos similares entre Jesús y Pablo.

– Lo mismo que Jesús, Pablo va a predicar a las sinagogas (Lc 4,15.16.33.44; 6,6; 13,10; Hch 9,20; 13,5.14; 14,1; 17,1-2.17; 18,4.19; 19,8).

– Igual que Jesús, Pablo expulsa espíritus impuros (Hch 16,16-18).

– Sobre todo es el final de los relatos de los Hechos (capítulos 20-28), dedicado al arresto y el proceso de Pablo, el que aparece como calcado sobre el relato de la pasión de Cristo: para designar estos capítulos se habla, con toda la razón, del relato de la «Pasión de Pablo».

– Lo mismo que Jesús había tomado «la decisión de ir a Jerusalén» (Lc 9,51), Pablo «tomó la decisión de ir a Jerusalén (...), pensando: ‘Después de estar allí debo visitar también Roma’» (Hch 19,21).

– Igual que el evangelio para la pasión de Jesús (Lc 9,22.44; 18,31-33), el relato de los Hechos implica también anuncios de la pasión de Pablo: «Voy a Jerusalén, sin saber qué es lo que me espera allí. Eso sí, el Espíritu Santo me asegura en todas las ciudades por las que paso que me esperan prisiones y tribulaciones», dice Pablo (Hch 20,22-23), mientras que el profeta Agabo, después de haberse atado las manos y los pies con el ceñidor de Pablo, declara: «Esto dice el Espíritu Santo: ‘Así atarán en Jerusalén los judíos al hombre a quien pertenece este ceñidor, y lo entregarán en manos de los paganos’» (21,11b).

– «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42); a esta oración de Jesús en el monte de los Olivos le hace eco la reacción de los compañeros de Pablo ante la determinación de Pablo de ir a Jerusa-

lén, dispuesto a morir allí por el nombre del Señor «¡Hagase la voluntad del Señor! (Hch 21,14)

– Igual que Jesús, Pablo es azotado antes del proceso (Lc 22,63, Hch 23,2), igual que él, comparece ante el Sanedrín al día siguiente de su arresto (Lc 22,66-71, Hch 22,30-23,10), después comparece ante las autoridades romanas (a Pilato en Lc 23,1-7 corresponde la figura de Félix en Hch 24,1-27) y luego ante las autoridades judías, representadas por el rey Agripa, deseoso de escucharle, como había sucedido en el caso de Jesús con el rey Herodes (Lc 23,8-12, en particular el v 8 «Herodes se alegró mucho de ver a Jesús, porque desde hacía bastante tiempo deseaba conocerlo»), igual que Jesús, conducido ante Pilato (Lc 23,13-24), Pablo comparece de nuevo ante las autoridades romanas, representadas por el gobernador Festo (Hch 25,1-12), y es «entregado» (el mismo término empleado para Jesús en Lc 23,25) junto con algunos otros prisioneros (cf Lc 23,32 «Llevaban también con él a otros dos malhechores para ejecutarlos»)

– Algunos exegetas ven en el episodio del naufragio en el capítulo 27 el equivalente simbólico del relato de la muerte y la resurrección de Jesús. En efecto,

este episodio subraya la dimensión salvífica aportada a todos por mediación de Pablo, cuya inocencia queda así definitivamente establecida

Si se reúnen los elementos de comparación, proporcionados de esta manera por el relato, entre las figuras de Pedro y Pablo, Jesús y Pedro, y Jesús y Pablo, aparece que Lucas puso en paralelo conscientemente a Jesús y sus discípulos, Pedro y Pablo en particular, pero también a Esteban, cuya actitud en el momento de su muerte «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (Hch 7,60), recuerda la de Jesús «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). El éxito de la actividad misionera de Felipe en Samaría tiene relación con el de Jesús, pero sólo se menciona brevemente

Por tanto, cada discípulo tiene uno o varios rasgos que lo asemejan a Cristo. Éste aparece así claramente como el modelo fundador del discípulo, aquel en quien está arraigado el sentido de la misión de la Iglesia, pero, sobre todo, el que sigue presente en su Iglesia a través de todos los que dan testimonio en su nombre. Los apóstoles y los discípulos dan testimonio de esta presencia y de la salvación ofrecida al mundo entero

PARALELOS ENTRE JESÚS Y PABLO

W Radl (Frankfort, 1975) estableció una lista de paralelos entre la figura de Jesús y la de Pablo para estudiar su significado teológico. Podemos leer en Pablo lo que significa ser discípulo de Jesucristo, pues la vida del cristiano tiene su modelo en el camino de Jesús hacia su pasión. Con este fin, Radl compara la pasión de Jesús y la de Pablo

- su profecía Lc 2,32-34b y Hch 9,15,
- el comienzo Lc 4,16-30 y Hch 13,14-52,
- su viaje a Jerusalén Lc 9,51 y Hch 19,21,
- el discurso de despedida Lc 22,21-38 y Hch 20,18-35,
- los anuncios de la pasión Lc 9,22-44, 12,50, 13,32, 17,25, 18,31-34 y Hch 20,22-25, 21,4-10-12),
- el afrontamiento de la muerte Lc 22,39-46 y Hch 20,36-38,
- la pasión Lc 22,47-23,25 y Hch 21,27-26,32

CONCLUSIÓN

A lo largo de la lectura de los dos volúmenes de la obra de Lucas, el lector se ha encontrado requerido por un narrador extraordinariamente preocupado por guiarle en la comprensión de su relato. Tanto en el nivel de la organización del conjunto como en el de la narración y sus procedimientos, Lc-Hch se presenta como una obra cuidadosamente construida. Tomar en cuenta esta construcción aparece hoy como un elemento indispensable en una lectura que trate de honrar el proyecto lucano en todo su alcance.

Constantemente invitado a releer, a ir y venir entre el evangelio y los Hechos, el lector es arrastrado en un proceso dinámico de elaboración del sentido, al término del cual podrá perfilarse para él la coherencia del proyecto de Lucas. La unidad de Lc-Hch es «una unidad que hay que construir»¹⁸ mediante el trabajo de lectura que el propio lector lleva a cabo.

Dios ha cumplido sus promesas con respecto a Israel, su pueblo, la de una salvación universal para

todos los pueblos de la tierra con su vida, su muerte y su resurrección, Jesús anunció y manifestó la realidad de esta salvación ofrecida a todos. Encargó a sus discípulos que fueran sus testigos. Éstos continuaron la misión de su Señor y dieron testimonio de la Buena Nueva de la salvación hasta los «confines de la tierra».

La propia comunidad lucana vive de la acogida de este testimonio. Lucas le invita a releer su historia situándola en el marco del proyecto divino para la humanidad. Arraigada así en la historia de las relaciones de Dios con su pueblo, ella se ve confirmada en su misión de dar testimonio a su vez —a pesar de las tensiones que esto suscita— de una salvación ofrecida a todos, paganos incluidos, y de la presencia de Cristo en medio de los suyos.

¹⁸ Cf. D. MARGUERAT, «Luc-Actes: une unité à construire», en J. VERHEYDEN (ed.), *The Unity of Luke-Acts*, 57-81.

PARALELOS ENTRE EL EVANGELIO Y LOS HECHOS

Para C. H. Talbert (Missoula, 1974), el modelo literario más cercano de Lc-Hch es el de la biografía antigua, ilustrada por las *Vidas de los filósofos*, de Diógenes Laercio (siglo III), que presentan la vida de los fundadores de escuelas y las de sus discípulos. Talbert concluye de su comparación que Lucas estaba comprometido en un debate en torno a la identidad de los verdaderos sucesores de Cristo y sobre el contenido de las tradiciones que ellos perpetuaban. Ésta es la lista de los paralelos que encuentra en Lc-Hch. Algunos de ellos pueden prestarse a discusión.

Lucas	Hechos
1,1-4 Un prólogo dedica el libro a Teófilo	1,1-5 Un prólogo dedica el libro a Teófilo

3,21 Jesús ora durante su bautismo	1,14 Los discípulos oran mientras que esperan ser bautizados en el Espíritu Santo
3,22 El Espíritu desciende después de la oración de Jesús bajo una apariencia corporal	2,1-13 El Espíritu llena a los discípulos después de sus oraciones, fenómenos físicos
4,16-30 Comienzo del ministerio de Jesús sermón que introduce el tema del cumplimiento de la profecía y rechazo de Jesús	2,14-40 Comienzo del ministerio de la Iglesia sermón que introduce el tema del cumplimiento de la profecía y del rechazo de Jesús
4,31-8,56 Ilustración del tema del cumplimiento con ejemplos de predicación y de curaciones Las controversias son la ilustración del rechazo	2,41-12,17 Ilustración del tema del cumplimiento con ejemplos de predicación y de curaciones Las controversias son la ilustración del rechazo
5,17-26 Un paralítico es curado por la autoridad de Jesús	3,1-10 Un paralítico es curado por el nombre de Jesús (cf 9,32-35)
5,29-6,11 Controversias con los jefes religiosos	4,1-8,3 controversias con los jefes religiosos
7,1-10 Un centurión de buena reputación entre los judíos envía hombres a pedir a Jesús que vaya a su casa	cap 10 Un centurión de buena reputación ante el pueblo judío envía hombres a pedir a Pedro que vaya a su casa
7,11-17 Una historia que implica a una viuda y una resurrección, Jesús dice «levántate» y el muerto «se sienta»	9,36-43 Una historia que implica a viudas y una resurrección, Pedro dice «levántate» y la mujer «se sienta»
7,36-50 Un fariseo reprocha a Jesús haberse dejado tocar por una pecadora	11,1-18 El partido de los fariseos critica a Pedro haber ido a casa de los paganos
10,1-12 La misión de los 70 (que anuncia la misión entre los paganos)	caps 13-20 Los viajes misioneros de Pablo entre los paganos
9,51-19,28 El viaje de Jesús a Jerusalén es un viaje hacia su pasión (9,31, 9,51, 12,50, 13,33, 18,31-33) conducido por el «es preciso» divino (13,33) y caracterizado por la incomprensión de los discípulos	19,21-21,17 Pablo hace un viaje a Jerusalén hacia su pasión (20,3, 20,22-24, 20,37-38, 21,4, 21,10-11, 21,13) conducido por el «es preciso» divino (20,22, 21,14) y caracterizado por la incomprensión de sus amigos (21,4, 21,12-13)
9,51-53 Jesús toma resueltamente el camino de Jerusalén	19,21 Pablo decide ir a Jerusalén
13,22 Mientras iba de camino hacia Jerusalén	20,22 Voy a Jerusalén
13,33 Tengo que continuar mi viaje, porque es impensable que un profeta pueda morir fuera de Jerusalén	21,4 Decían a Pablo que no subiera a Jerusalén

17,11 De camino hacia Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaria y Galilea	21,11-12 Agabo dice a Pablo que los judíos lo encadenarán en Jerusalén
18,31 Estamos subiendo a Jerusalén (anuncio de la pasión)	21,13 Pablo responde que está dispuesto a morir en Jerusalén
19,11 Estaba cerca de Jerusalén	21,15 Estamos dispuestos a ir a Jerusalén
19,28 Seguio su camino, subiendo hacia Jerusalén	21,17 Cuando llegamos a Jerusalén
19,37 Jesús es bien acogido y el pueblo alaba a Dios por los milagros que ha visto	21,17-20a Pablo es bien acogido y Dios es glorificado por lo que ha hecho entre los paganos
19,45-48 Jesús entra en el Templo Está bien dispuesto hacia el Templo	21,26 Pablo entra en el Templo Está bien dispuesto hacia el Templo
20,37-39 Los saduceos no creen en la resurrección Los escriban apoyan a Jesús	23,6-9 Los saduceos no creen en la resurrección Los escribas apoyan a Pablo
22,19a En el curso de una comida Jesús tomó pan, dio gracias, lo partió	27,35 Durante una comida Pablo tomó pan y, dando gracias, lo partió
22,54 Una multitud se apodera de Jesús	21,30 Una multitud se apodera de Pablo
22,63-64 Jesús es golpeado por los criados del sumo sacerdote	23,2 Pablo es golpeado por orden del sumo sacerdote
22,26, 23,8, 23,13 Los cuatro procesos de Jesús (Sanedrín, Pilato, Herodes Antipas, Pilato)	caps 23, 24, 25, 26 Los cuatro procesos de Pablo (Sanedrín, Félix, Festo, Herodes Agripa)
23,4 14 22 En tres ocasiones, Pilato declara inocente a Jesús	23,9, 25,25, 26,31 Tres hombres (Lisias, Festo y Agripa) declaran inocente a Pablo
23,6-12 Pilato envía a Jesús a Herodes para ser interrogado	25,13-26,32 Herodes escucha a Pablo con permiso de Festo
23,6-22 Pilato dice que va a soltar a Jesús	26,32 Agripa dice «Se habría podido dejar en libertad a este hombre»
23,18 Los judíos gritan ¡Mata a éste!	21,36 Los judíos gritan ¡Quítalo de en medio!
23,47 Un centurión tiene una opinión favorable de Jesús	27,3 43 Un centurión tiene una opinión favorable de Pablo
cap 24 Conclusión con una nota positiva del cumplimiento de la Escritura	cap 28 Conclusión con una nota positiva del cumplimiento de la Escritura

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO

– J.-N. ALETTI, *El arte de contar a Jesucristo. Lectura narrativa del evangelio de Lucas* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 77; Salamanca, Sígueme, 1992).

– J.-N. ALETTI, *Quand Luc raconte* (Lire la Bible 115; París, Cerf, 1998).

– D. MARGUERAT, *La première histoire du christianisme: les Actes des Apôtres* (Lectio Divina 180; París-Ginebra, Cerf - Labor et Fides, 1999).

– D. MARGUERAT, «Luc-Actes: une unité à construire», en J. VERHEYDEN (ed.), *The Unity of Luke-Acts* (Lovaina, University Press, 1999) 57-81.

– D. MARGUERAT; *Le déchirement. Juifs et chrétiens au premier siècle* (Le Monde de la Bible 32; Ginebra, Labor et Fides, 1996).

Se han utilizado también los trabajos siguientes:

– L. A. ALEXANDER, *The Preface to Luke's Gospel. Literary Convention and Social Convention in Luke 1,1-4 and Acts 1,1* (Cambridge, University Press, 1993).

– L. A. ALEXANDER, «Reading Luke-Acts from Back to Front», en J. VERHEYDEN (ed.), *The Unity of Luke-Acts* (Lovaina, University Press, 1999).

– H. CADBURY, *The Making of Luke-Acts* (Londres, SPCK, 1958).

– W. RADL, *Paulus und Jesus im lukanischen Doppelwerke* (Francfort, Lang, 1975).

– C. H. TALBERT, *Literary Pattern, Theological Themes and the Genre of Luke-Acts* (Missoula, MT, 1974).

LISTA DE RECUADROS

El autor del tercer evangelio y de los Hechos	6
Bosquejo de la cristología de Lucas	9
Teófilo y los destinatarios de Lc-Hch	11
El prólogo de Lucas y otro prólogo	14
Lucas y la narración de la historia	16
Los dos relatos de la ascensión	21
Estructura del evangelio y de los Hechos	24
La relación judaísmo / cristianismo en Lc-Hch	27
Los cuatro relatos de la visión de Cornelio	46
Juan Bautista y Jesús en Lucas 1-2	48
Paralelos entre Jesús y Pablo (Radl)	53
Paralelos entre Lucas y Hechos (Talbert)	54

LOS PARALELISMOS HOMBRES-MUJERES EN LA OBRA DE LUCAS

«Es evidente que parece que a Lucas le gustan las parejas paralelas. En muchos casos las parejas comprenden en primer lugar hombres y en segundo lugar mujeres» (Henry Cadbury). Después de haber ofrecido los casos más importantes de parejas hombre-mujer en Lucas y Hechos, Joseph Stricher, director de *Évangile et Vie*, concluye que Lucas es testigo de un nuevo tipo de relación hombres-mujeres, a ejemplo de Jesús de Nazaret. Traduce en su relato la formulación teórica de Pablo: «Ya no hay distinción entre judío o no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,28).

Puesto que pone en escena a numerosas figuras femeninas, algunos comentaristas presentan a Lucas como un autor feminista por anticipado. Por el contrario, otros pretenden que es uno de los autores más peligrosos para la causa femenina, porque confina a las mujeres en papeles secundarios y de hecho hace de ellas sirvientas de los hombres. Sin pretender zanjar este debate, querría abordar el lugar de las mujeres en la obra de Lucas señalando los numerosos paralelismos que figuran tanto en el tercer evangelio como en los Hechos de los Apóstoles. Son tan numerosos que no pueden ser fruto del azar.

El evangelio de la infancia

El evangelio de Lucas comienza con un doble anuncio de nacimiento. El mismo Ángel del Señor anuncia a un hombre y a una mujer el nacimiento de un hijo de lo imposible. El anciano, funcionario del Templo, pide un signo para creer. Obtiene un signo ¡al quedarse mudo (Lc 1,11-22)! La joven pide precisiones. Las obtiene y se entera de que el Espíritu Santo la «cubrirá con su sombra» y de que «el que va a nacer será santo y se llamara Hijo de Dios» (Lc 1,35). La mujer se dirige entonces a casa del mudo y ella ha-

bla. Lucas pone en su boca un verdadero resumen del Antiguo Testamento, el *Magnificat* (Lc 1,46-55). La Palabra ha abandonado el espacio sagrado del Templo para brotar en un lugar profano como es la casa.

El Evangelio de la infancia acaba en el Templo de Jerusalén con una doble entrada de Jesús en el lugar santo, en primer lugar como niño, después como adolescente. Durante la primera, la Presentación, es acogido por Simeón, hombre inspirado por el Espíritu San-

to, y por la profetisa Ana Dos testigos, un hombre y una mujer, acogen a Jesús Salvador El hombre celebra que es «luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» La mujer se dirige «a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén» (Lc 2,32-38) En presencia de Jesús, el Templo se convierte en el lugar de la palabra Una mujer, en el mismo nivel que un

hombre, puede profetizar en él La última escena del Evangelio de la infancia se desarrolla igualmente en el Templo José y María buscan y encuentran en él a Jesús, su hijo, que les dice «¿No sabiais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49) María es la portavoz de la pareja Es igualmente la que «guardaba todos estos recuerdos en su corazón»

La enseñanza de Jesús

En el evangelio de Lucas, cuando Jesús enseña, cita muchas veces personajes femeninos Practica con antelación lo que hoy se llama el «lenguaje inclusivo» hombres y mujeres Una rápida comparación sinóptica permite señalar esta característica lucana En la parábola del siervo bueno y del malo, Mateo describe el comportamiento de este último «Se pone a golpear a sus compañeros » (Mt 24,49) Lucas escribe. «Se pone a golpear a los criados y a las criadas » (Lc 12,45) Incluso aunque los siervos no se incluyan aquí más que para ser golpeados, sin embargo es el signo de una atención de Lucas hacia las personas de uno y otro sexo Los siervos no pasan desapercibidos, son designados de forma especial Otro ejemplo «Todo aquel que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o tierras por mí y por la buena noticia », dice Jesús según el evangelio de Marcos (10,29) «Todo aquel que haya dejado casa, *mujer*, hermanos, parientes o hijos por el reino de Dios », dice Jesús según el evangelio de Lucas (18,29) O incluso «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí, y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí», dice Jesús según el evangelio de Mateo

(10,37) «Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su *mujer* y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío», dice Jesús según el evangelio de Lucas (14,26) No tenemos por qué detenernos aquí en la aparente dureza de estas palabras, que están destinadas a sorprender al auditorio y a insistir en la elección radical que Jesús espera de sus discípulos Señalemos simplemente que Lucas piensa en poner a la esposa en la lista de los seres queridos

En el discurso inaugural en la sinagoga de Nazaret, Jesús afirma que las Escrituras se cumplen en su persona Para indicar el universalismo de la salvación, cita el ejemplo de Elías y Eliseo, que intervinieron en favor de extranjeros la viuda de Sarepta y Naamán el sirio, una mujer y un hombre (Lc 4,25-27) Después del discurso de las bienaventuranzas, Jesús realiza lo que ha anunciado llevando a cabo una curación a distancia a petición de un oficial pagano (Lc 7,1-10) –lo mismo que hizo Eliseo por Naamán– y devolviendo al hijo único que acababa de fallecer a la viuda de Naín (Lc 7,11-17) –como hizo Elías con la viuda de Sarepta–

En las parábolas de Lucas es frecuente que los personajes que se ponen en escena sean de los dos sexos, en un estricto paralelismo. Es el caso de la costurera y el vinatero (Lc 5,36-38), del sembrador y la cocinera (Lc 13,18-21), del pastor que pierde su oveja y de la mujer que pierde su moneda de plata

(Lc 15,1-10). Igualmente podríamos encontrar una relación entre el amigo inoportuno (Lc 11,5-8) y la viuda que reclama justicia (Lc 18,1-8): dos ejemplos de «pelmazos» que acaban por salirse con la suya y que ilustran la fuerza de la oración.

Relatos de curación y de salvación

Con el mismo modelo se narran varias curaciones relativas a hombres o a mujeres. Es el caso, por ejemplo, del hombre con la mano derecha atrofiada (Lc 6,6-11) y de la mujer encorvada (Lc 13,10-17), que tienen en común los mismos elementos. El tiempo: un día de sábado; el lugar: una sinagoga. El hombre y la mujer están presentes en la asamblea y no piden nada. Al curarlos, Jesús trata de abrir los ojos a sus adversarios; les habla de liberación, de salvación. «Ésta, que es una hija de Abrahán», dice de la que estaba encorvada. «Pues también éste es hijo de Abrahán», dice de Zaqueo (Lc 19,9). Paridad perfecta la de esta formulación relativa a dos personajes rechazados a causa de su dolencia física o moral. Pari-

dad igualmente en la reanimación de un joven en Naín (Lc 7,11-16) y de la hija de Jairo (Lc 8,49-56). Paridad, finalmente, a propósito de la frase «tu fe te ha salvado», que jalona cuatro encuentros de Jesús con personas en situación de angustia: la pecadora en casa de Simón (Lc 7,50), la mujer con pérdidas de sangre (Lc 8,48), el décimo leproso (Lc 17,19) y el ciego de Jericó (Lc 18,42). Dos mujeres y dos hombres. Los dos hombres se expresan públicamente: gritan su angustia a Jesús. Por el contrario, las dos mujeres no hablan, sino que se aproximan a él hasta tocarle. Todos son introducidos en una situación nueva de paz con los otros y con Dios.

Hombres y mujeres, discípulos de Jesús

Igual que los otros evangelistas, Lucas ofrece una lista de discípulos varones que siguen a Jesús (Lc 6,13-16). Pero igualmente ofrece una lista de mujeres que también forman parte de su entorno (Lc 8,1-3) ¿Se puede hablar de mujeres discípulas? La palabra no se emplea aquí; lo será, en cambio, en los Hechos a propósito de Tabita-Gacela, que acaba de morir y

que recobra la vida por la intervención de Pedro: «Había en Jafa una *discípula*» (Hch 9,36: esta palabra *mathetría*, femenino de *mathetés*, es un hapax del NT: sólo se encuentra aquí). Las mujeres del evangelio de Lucas no desempeñan más que el papel de siervas de Jesús y del grupo de los discípulos, «cantineras» o, mejor, mecenas, dicen algunas críticas feministas.

Pero no es seguro que esta observación sea pertinente. Según el relato evangélico, estas mujeres siguen a Jesús desde Galilea hasta Jerusalén (Lc 23,49). Por tanto, ellas cumplen las mismas condiciones que José y Matías, propuestos para reemplazar a Judas (Hch 1,21-23). Ciertamente, no son elegidas para formar parte de los Doce, pero ¿se les puede negar el título de «discípulo»?

María, sentada a los pies de Jesús, está en la misma actitud del discípulo, haciendo el trabajo más importante que hay dejarse enseñar por el Señor (Lc 10,39). Paralelismo interesante con el hombre del que Jesús ha expulsado los demonios «Salieron, pues, a ver lo ocurrido y, al presentarse donde estaba Jesús, encontraron al hombre del que habían salido los demonios sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio» (Lc 8,35). En el relato de Lucas, el geraseno y María representan de alguna manera a los verdaderos discípulos de Jesús, dedicados a la tarea esencial que

es la de escuchar la Palabra de Dios. Prefiguran a los discípulos de origen judío o pagano, de uno u otro sexo, que constituirán la primera comunidad cristiana.

Por otra parte, ¿podemos considerar el servicio (diaconía) como una función secundaria en la comunidad cristiana? Ciertamente, Jesús dice a Marta, que se afana en un complicado servicio, que María ha elegido la mejor parte, pero esto no significa minusvalorar el trabajo de Marta. Justo antes de su pasión, Jesús dice a sus discípulos «Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve () Yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22,26-27). Más tarde, cuando la comunidad elija a siete de sus miembros para el servicio de las mesas, no será para confinarlos en una función subalterna. El primero de los siete, Esteban, dará testimonio de su fe ante el Sanedrín hasta el martirio (Hch 7). El segundo, Felipe, evangelizará Samaria y bautizará al alto funcionario etíope (Hch 8).

Los Hechos de los Apóstoles

En los Hechos de los Apóstoles se encuentra el gusto de Lucas por el lenguaje inclusivo. La nascente comunidad cristiana está compuesta por *hombres y mujeres* (Hch 1,13-14). El perseguidor Saulo apresaba a *hombres y mujeres*, y los metía en la cárcel (Hch 8,3). Se dirige a Damasco para buscar «a cuantos seguidores de este Camino, hombres o mujeres, encontrara» (Hch 9,2). Los samaritanos, evangelizados por Felipe, reciben el bautismo «*hombres y mujeres*» (Hch 8,12). Lucas presta una particular atención a las mujeres de las clases superiores de la sociedad, las

cuales, igual que los hombres, pueden mostrarse, bien hostiles o bien acogedoras de aquellos que anuncian la Buena Nueva (Hch 13,50, 17,4, 17,12). Al final del libro, mujeres de alto rango acompañan a los responsables del Imperio. Ellas no intervienen directamente en el proceso de Pablo, pero escuchan sus alegatos igual que los hombres. Es el caso de dos judías, dos hermanas: Drusila, esposa del gobernador Félix (Hch 24,24), y, sobre todo, Berenice, hermana del rey Agripa (Hch 25,13-23). Los lectores de la obra de Lucas probablemente no ignoran el nombre de Be-

renice, la amante de Tito durante el asedio de Jerusalen en el 70. Gracias a ella, el relato del proceso de Pablo queda anclado en la gran historia del Imperio romano.

El lector de los Hechos encuentra otras varias parejas, de rango social menos elevado. La primera de ellas, Ananias y Safira, desempeña un papel negativo. *Habiendo querido introducir en la comunidad el veneno mortal del disimulo, desaparece de forma espectacular* (Hch 5,1-11). En cambio, Priscila y Aquila (la mujer es nombrada la primera) son una pareja modelo que interviene ante Apolo «y le expusieron con mayor precision el Camino de Dios» (Hch 18,26).

En los Hechos, las mujeres desempeñan con frecuencia un papel muy importante en cuanto señoras de la casa. Entre ellas se distinguen dos muy particularmente, una en Jerusalen y la otra en Filipos. En el momento de su salida milagrosa de la prision, Pedro se refugia en la casa de Maria, la madre de Juan Marcos. Es acogido por una sierva que lleva el hermoso nombre de Rode («Mata de rosas»). La comunidad de Jerusalen se reúne en esta casa y hace de ella una

casa de oracion (Hch 12,12-17). En Filipos, Pablo y sus compañeros se dirigen a un grupo de mujeres reunidas en torno a Lidia, una comerciante de púrpura. Aceptan su hospitalidad y fundan así la primera comunidad cristiana en esta ciudad –y, por tanto, en Europa– (Hch 16,11-15). Despues de haber sido liberados milagrosamente de la prision, aceptan luego la hospitalidad del carcelero y fundan en su casa otra comunidad (Hch 16,16-40). Paralelismo perfecto entre esta señora y este señor de la casa que reciben en sus casas a los misioneros cristianos.

En Atenas, el exito de Pablo es menos notorio que en Filipos. Sin embargo, cuando abandona la ciudad, deja tras él un pequeño grupo de creyentes, entre los que destacan las figuras de «Dionisio el Areopagita y una mujer llamada Damaris» (Hch 17,34).

Acabamos este recuento de paralelismos con el doble relato de resurreccion de una mujer y de un hombre. Pedro levanta de su lecho mortuario a una mujer, Tabita-Gacela (Hch 9,36-43), y Pablo levanta a un joven, Eutiquio, que se habia dormido durante su sermón y se habia matado al caer por la ventana (Hch 20,7-12).

Conclusión

Al señalar estos numerosos paralelismos hombres-mujeres es difícil acusar a Lucas de ser un autor peligroso para la causa femenina. En su gran relato, que va desde el anuncio del nacimiento de Juan Bautista hasta la llegada de Pablo a Roma, las mujeres no son simples comparsas. Desempeñan su función al lado de los hombres. Es cierto que raramente desempeñan un puesto de responsabilidad. No figuran ni en

la lista de los Doce que rodean a Jesús, ni en la de los siete helenistas elegidos para el servicio de las mesas. Sin embargo, ofrecen modelos con los que tanto el lector como la lectora pueden identificarse. Por su fidelidad en seguir a Jesús, por su vinculación a su persona, por poner a su disposición sus bienes, ofrecen un ejemplo a todos y a todas.

No está prohibido pensar que, al valorar a estas mujeres, Lucas apunta a una categoría particular de lectores o, más bien, de lectoras mujeres acomodadas de grandes ciudades griegas del Imperio. Invita a las que de entre ellas se adhieren a Cristo a imitar a María de Magdala, Juana, Susana, y a atender a las necesidades de la naciente comunidad cristiana. Las invita igualmente a abrir las puertas de su casa, como María, la madre de Juan Marcos, y como Lidia, la comerciante de púrpura de Filipos, para desempeñar su función de anfitrionas. Es el indicio del importante lugar ostentado probablemente por estas mujeres durante el nacimiento de la Iglesia.

Finalmente, con la utilización del lenguaje inclusivo, Lucas tiene en cuenta el lugar de las mujeres en la sociedad y en la Iglesia. No desaparecen en el decorado, sino que son nombradas explícitamente. Al otorgarles un lugar importante en su relato, Lucas da testimonio de un nuevo tipo de relaciones entre hombres y mujeres que se apoya en el ejemplo de Jesús de Nazaret. Finalmente, traspone en su relato lo que Pablo había formulado: «Ya no hay distinción entre judío y no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo» (Gal 3,28).

Joseph STRICHER

Contenido

¿De qué sirve saber que el tercer evangelio y los Hechos de los Apóstoles han sido escritos por el mismo autor, san Lucas, si no sacamos ningún provecho de ello? Al leer estos dos libros como dos tomos de una misma obra, se descubre la arquitectura del conjunto y los numerosos puntos en los que el autor quiere insistir. Lo que hizo Jesús en Palestina continúa haciéndolo en su Iglesia, desde hace veinte siglos, por medio de su Espíritu Santo.

Odile FLICHY es madre de familia y enseña Nuevo Testamento y Griego Bíblico en la Facultad de Teología del Centre Sèvres en París.

Introducción: ¿por qué se habla hoy de «Lucas-Hechos»?	5	2ª parte: Las relaciones entre el evangelio y los Hechos	38
1ª parte: Una historiografía cuidadosamente construida	10	5. Anticipaciones y vueltas atrás	38
1. Los prólogos (Lc 1,1-4 y Hch 1,1-3)	10	6. Las «cadenas narrativas» y las repeticiones	41
2. Dos historias separadas que se continúan o una historia en dos volúmenes?	17	7. Una narración en paralelos	47
3. El comienzo y el final de la historia (Lc 1-4 y Hch 28)	23	Conclusión	54
4. El texto-programa de Lc-Hch (Lc 4,16-44)	31	Para continuar el estudio. Lista de recuadros	57
		El paralelismo hombres-mujeres en la obra de Lucas (Joseph STRICHER)	58